



2000 ROMÁNTICOS

III Certamen Juvenil de Relatos de Terror
I Certamen Juvenil de Cómic de Terror





www.loqueleo.com/es

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

Printed in Spain - Impreso en España

Edición no venal

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Edición:

Marta Olivares

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Ilustración de cubierta: Javier Olivares

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

2000 ROMÁNTICOS

III Certamen Juvenil
de Relatos de Terror

I Certamen Juvenil
de Cómic de Terror

Coordinación del proyecto:
Fernando Marías & Santiago García-Clairac

loqueleg

Prólogo

Por tercera vez, el Certamen Juvenil de Relatos de Terror 2000 Románticos ha acudido a su cita con los alumnos de 3.º y 4.º de la ESO de la Comunidad de Madrid, a partir de la convocatoria conjunta de Fundación Telefónica, Loqueleo e Hijos de Mary Shelley. Como cada año, se ha buscado abrir horizontes nuevos para la imaginación de los jóvenes creadores, convocando el primer Certamen Juvenil de Cómic 2000 Románticos.

Veinte relatos fueron elegidos por el jurado para ser publicados en este volumen, y de esos veinte surgieron los cuatro que pasaron a la final celebrada el 28 de abril de 2018 en el Espacio Fundación Telefónica.

Se percibe, y eso nos enorgullece y satisface, que los jóvenes narradores muestran un interés cada vez mayor por indagar en las esencias del Romanticismo que nutre a *2000 Románticos*. El espíritu de Mary Shelley, que inspiró el proyecto, parece latir con más fuerza este año, bicentenario de la publicación de la novela *Frankenstein*. Al menos, así lo sugieren muchos de los relatos presentados. Sin duda, habrá colaborado con ello la generosa amistad

del Museo del Romanticismo de Madrid, que ha abierto sus puertas a los finalistas del certamen para que conozcan desde cerca las atmósferas de aquel evocador pasado.

Pero este año, además, 2000 Románticos ha convocado el I Certamen Juvenil de Cómic, dirigido también a alumnos de 3.º y 4.º de la ESO de la Comunidad de Madrid. El objetivo es dar su justo y merecido espacio a la narrativa gráfica desde la figura de nuestra heroína emblemática Alexandra Tintanegra, a la que desde el principio dio la identidad visual Javier Olivares. Los cuatro cómics que pasaron a la final están publicados en el volumen *2000 Románticos 2018*, que, igual que en años anteriores, se presenta en el entorno de la Feria del Libro de Madrid.

Fernando Marías & Santiago García-Clairac

El jurado de 2000 Románticos 2018 estuvo compuesto por:

Santiago García-Clairac

Rosa Huertas

Nando López

David Lozano

Javier Olivares

Iria G. Parente

Mónica Rodríguez

En la modalidad de relato pasaron a la final:

Virginia Arranz Velarde con *Un faro apagado*,

Julián Berbis Mallo con *El bosque de los sauces negros*,

Raquel García Gómez-Monedero con *Muros* y

Carla Montero Jirón con *Elliot*.

Y la ganadora fue **Raquel García Gómez-Monedero** con el relato *Muros*.

En la modalidad de cómic pasaron a la final:

Lucía de la Calle con *Perdido*,

Teresa Díez Izco con *Andén cero*,

Yaiko Muñoz López con *Su dulce mirada muerta* y

Daniela Marmolejo Díaz con *Noche infernal*.

Y la ganadora fue **Teresa Díez Izco** con el cómic *Andén cero*.

Índice

<i>Muros</i> , Raquel García Gómez-Monedero	11
<i>Un faro apagado</i> , Virginia Arranz Velarde	19
<i>El bosque de los sauces negros</i> , Julián Berbis Mallo	29
<i>Elliot</i> , Carla Montero Jirón	39
<i>Buscando mi lado</i> , Nerea Adeva Atín	49
<i>La incesante melodía</i> , Sara Alonso Arroyo	59
<i>Le corbeau</i> , Marina Cano Barreiro	71
<i>La Sombra</i> , Alejandra Dorronsoro Málaga	79
<i>Farándula fúnebre</i> , Alberto Flórez de Losada y Amar de la Torre	85
<i>La niebla y la llama</i> , Diego Gallego Montero	95
<i>In ictu oculi</i> , Leyre Gallo Fernández	105
<i>El último beso del caballo moteado</i> , Blanca Martínez	115
<i>La Avellaneda</i> , Rosalía Montfort Bote	123
<i>El otro lado</i> , Óscar Munashe Tengende Consonni	131
<i>El bosque callado</i> , Aurora Pedreira Gómez	139
<i>Antes</i> , Mario Porres	149
<i>La campanilla</i> , Raflec	159
<i>La melodía</i> , Paula Ruiz Cervantes	167
<i>¿Andrew?</i> , Eva Sánchez Pascual	177
<i>Lluvia</i> , Antonio Sánchez Ramírez	185

<i>Andén cero</i> , Teresa Díez Izco	193
<i>Perdido</i> , Lucía de la Calle	197
<i>Noche infernal</i> , Daniela Marmolejo Díaz	201
<i>Su dulce mirada muerta</i> , Yaiko Muñoz López	205

Muros

Raquel García
Gómez-Monedero
(IES Gran Capitán, Madrid)

Muros

Pasaba por una época difícil para cualquier artista. Estaba padeciendo el peor de los males de un creador de mundos...

13

Todo comenzó hace unos meses, al acabar el año 2020. Los cambios de década no son buenos para mí y, para empeorar la situación, mi familia había descubierto que los relatos populares reivindicativos que circulaban por Madrid eran obran mía. Estaban por todas partes. Circularon por la red, y ahora había frases grafiteadas en colores brillantes en todos los edificios y estaciones de metro de la ciudad.

Había inspirado a la gente; muchas personas tomaban mis frases como símbolo de una lucha por la igualdad no solo para las mujeres, sino para todos. Mis relatos se empezaron a publicar en revistas. Los partidos políticos los criticaban, tachándolos de radicales y antisistema. Numerosas personalidades clamaban que era necesario conocer al hombre que imaginó aquellas obras..., porque, claro, ¿quién iba a pensar que una mujer provocase ese movimiento social? Mi familia me hizo

compensar la pérdida de honor que les había provocado, prohibiéndome escribir e impidiéndome declarar que los relatos eran míos.

Mi familia pertenece a una comunidad de clanes en la que las mujeres poco contamos. Somos tratadas como un mueble más de la casa y no podemos acceder a la educación. Mi madre no pertenecía al clan hasta que, por amor, se casó con mi padre. Por eso, yo sí fui a la escuela, aunque a escondidas. Gracias a que mi madre soportó el peso de coordinar sus tareas domésticas o, como yo las llamo, esclavistas, y dos trabajos en el mercadillo, uno de los cuales se suponía que realizaba yo, conseguía escaquearme todos los días para absorber conocimientos. Así fue como conseguí finalizar mis estudios de primaria y tres años de secundaria obligatoria.

Un día, mi madre y mi abuela me informaron de que no podría seguir estudiando, dado que estaba prometida con un hombre quince años mayor que yo y que mi boda se celebraría en cuatro meses, a principios de abril. Fue entonces cuando decidí fugarme. Tomé una mochila con unas prendas de ropa para refugiarme del frío, una manta, unas cerillas, mi material escolar y un poco de dinero que mis padres guardaban en un tarro de la cocina. Pasé la noche a la intemperie. El viento arreciaba y la lluvia me caló los huesos. A la mañana siguiente me fui tiritando al instituto. Cuando llegué a la calle donde estaba ubicado, divisé a unos hombres que me resultaban familiares. Eran miembros del clan. Seguro que mi madre había desvelado dónde estudiaba debido a su

preocupación. Me alejé lo más rápido que pude de allí. No tenía adónde ir.

Se sucedieron dos meses y medio en los que me dediqué a la mendicidad y a merodear por tugurios de mala muerte. Lloré cuando tuve que quemar mis apuntes del instituto para poder calentarme y no morir de frío. Me negué a destruir el cuaderno donde guardaba todos mis relatos. Decidí que esa libreta permanecería conmigo hasta la muerte, que esperaba que llegase esa noche, como un fantasma, de puntillas, y me llevase con ella, acunada por el sopor del frío invernal.

Un día, a finales de marzo, iba caminando febril y tambaleante por la ribera del Manzanares cuando, en un instante, perdí el conocimiento por mi frágil estado de salud. Me desperté de noche. Estaba en mi habitación. Recordé que, entre delirios, me había parecido divisar un coche que me seguía de cerca. Cuando me desmayé, debieron meterme en el vehículo y traerme a mi antiguo hogar. Ensimismada en mis pensamientos, no me di cuenta de que mi abuela paterna había aparecido en la puerta de la habitación con un cuenco con caldo para que repusiera fuerzas.

—Hija, debes comer —me reprendió cuando rechazé el brebaje—. Pronto te casarás y debes tener buen aspecto. No puedes ir a la ceremonia con la apariencia de un espectro turbado.

—Perdona, pero ¿que yo me caso con quién? —cuestioné atónita.

—Pues con tu prometido.

—¿Dónde está mi madre? —pregunté angustiada.

—Fue repudiada. Tu educación fue lo que provocó la gran deshonra familiar que supuso que te fugases, y como ella fue la que te incitó...

—¡No es justo!

—¡Calla, niña! A partir de ahora, no protestarás, no hablarás, a menos que se te pida, y cumplirás todas las órdenes que tu patriarca te dé.

Callé, pero en mi interior la llama de la rebeldía, la verdad y la justicia ardían con fuerza. Me juré a mí misma que nunca me casaría con un hombre al que no amaba, al que ni siquiera conocía. Me juré que jamás lograrían encadenar mi libertad y mi alma.

Durante la siguiente semana conseguí sobrellevar todas las pruebas y preparativos de una ceremonia que no sucedería. Cuando llegó el día en el que los astros se alinearon propiciamente, el décimo día de abril, se congregó todo el clan. Yo llevaba un vestido blanco, sencillo y cómodo. Tal y como había pedido. La ceremonia dio comienzo. Tenía que recorrer la distancia entre el portal de mi casa y el patio ajardinado. Me zafé de los hombres que me acompañaban y corrí. Cogí mi cuaderno que previamente había ocultado en los matojos de la valla de la casa. Corrí tanto como pude. Por detrás oía como me perseguían soltando improperios. Conseguí llegar al cementerio. El cielo estaba cubierto, augurando una tormenta. Se levantó un viento helado.

—¿Dónde vas, desdichada criatura? —me inquirió una anciana.

—Lejos. Si alguien pregunta, por favor, mi señora, indíqueles la dirección contraria a la que llevo.

—Yo podría librarte de tus captores, niña. Hacerte libre de todos los que quieren encarcelar tu alma —dijo, tendiéndome una mano joven para sellar un pacto de eternidad.

—¡Parca! Tus favores nunca son gratuitos. ¿Qué tendrías que darte a cambio? —Retrocedí unos pasos.

—¡Rápido, niña! Tus perseguidores se acercan con ansias de que corra la sangre. Has resquebrajado su honor y quieren restaurarlo. ¡Ahora o nunca!

—Dime cuál es el precio que he de pagar —reiteré.

—Tu obra —dijo señalando al cuaderno—. Jamás volverás a escribir. Me entregarás tu creatividad a cambio de tu vida.

—¡Retira tu mano! No sellaré un pacto maldito. Si te diera lo que pides, te estaría entregando mi alma, mi vida. Prefiero que me maten ellos a seguir viviendo sin estar viva, porque eso es lo que sucederá si te doy esta libreta. Si te entrego mi obra y mi creatividad, todo por lo que he luchado y sufrido tanto habrá sido en vano. Si te lo doy, todo recuerdo de mí desaparecerá: los relatos en la red, los grafitis... No lo permitiré. Aunque muera esta noche, no acallarán mi voz; otras se alzarán en mi lugar luchando a través de los libros y en las calles. Siempre habrá alguien que se levante para defender a los débiles, para luchar contra las injusticias, para conseguir la igualdad que todos merecemos tener.

—No has debido hacerlo; nadie me reta ni niega un acuerdo conmigo y queda impune —clamó la anciana, ahora convertida en una joven atemporal con alas negras, portando un vestido blanco como la luna y una daga bañada con la sangre de los difuntos de todas las épocas.

—Nos veremos pronto, dama de la noche.

Abandoné a aquella joven de rostro altivo y corrí hacia la ribera del Manzanares. Oí la carrera de las bestias que se aproximaban con sed de sangre. Llegué a un punto en el que no había más camino. Mi obra cayó de mis manos. Sabía que el final era inevitable. Unos ojos rencorosos me miraban desde el río, expectantes. Un trueno bramó. La acertada bala disparada por una mano paterna me atravesó el pecho incrustándose en mi corazón. Mi manuscrito, las bellas palabras en él escritas y sus blancas páginas quedaron impregnadas con mi sangre, la sangre de todos aquellos que lucharon por su libertad.

El río tiñó sus aguas de rojo escarlata, con un deseo de venganza cumplido. La tormenta se desató, un cuaderno con palabras de justicia, igualdad y una ilusión inocente quedó abandonado a la orilla de un río, inerte, vacío. La lluvia mezcló la tinta de un sueño con la sangre del sacrificio y destruyó lo que quedaba de una esperanza.

Un faro apagado

Virginia Arranz Velarde
(IES Profesor Máximo
Trueba, Boadilla del Monte)

Un faro apagado

Fue lo peor de mi vida, ni el más oscuro y tenebroso día de mi existencia, ni la pérdida de toda mi fortuna habían sido capaces de hacerme sentir lo que yo sentía aquella tarde de invierno mirando fijamente, desde mi triste faro, al bravo mar.

21

Mi vida se había desmoronado por completo, mi única esperanza era la muerte, que esta tortura acabara cuanto antes, no cesaba de llamarla. Mi amado ya no estaba, me había dejado sola, triste y desamparada, sin consuelo alguno; excepto la parca. Mi mirada observaba con melancolía el mar, ese mismo fenómeno que me hacía sentir libre y feliz, y que apenas dos días atrás arrancaba de mis brazos mi vida, mi amor. ¿Cómo era posible que tres días atrás fuera la mujer más dichosa de este inmenso mundo y ahora solo fuera una de las miles de gotas de agua que esperan con impaciencia su final? Simplemente no existía explicación alguna. La noche demacraba mis facciones, mis sentimientos y mi corazón. El sonido de la blanca y ligera espuma fundiéndose en besos con el faro jera mi desesperación! ¿Qué hice yo para perderle?

Hora tras hora y día tras día, la tortura y la pena no cesaban, mi única opción se resistía y mi mente empezó a imaginar cosas. Al principio pensé que era normal su ausencia, mi soledad y no ver a persona humana más que su cuerpo, lo que quedaba de él, sin vida. ¿Era locura? Traté de olvidarme de todo lo que me rodeaba y dedicarme a escribir; quizás alguien, algún día, aparecería y me rescataría de mi prisión, y tendría la oportunidad de darle santa sepultura a mi amor.

El faro era un lugar triste, misterioso y oscuro, pero a la vez sentías esa libertad y esos escalofríos que solo en pocos lugares prodigiosos del mundo eres capaz de sentir. Sentada en el acantilado, la feroz espuma blanca golpeaba mi piel, haciéndola erizar, y olvidándome de mi soledad, el horizonte marcaba mi imaginación. A él, solo era capaz de verle a él. En todas partes, en el horizonte con su barca, detrás de mí, acariciándome, o en lo alto de nuestro pequeño faro, llamándome. Le buscaba y no le encontraba, le llamaba y no contestaba, lloraba y no me consolaba. Decidido: mi mente no era consciente de lo que hacía, oía, observaba e incluso pensaba. Tenía que ser más fuerte que mis propios pensamientos, pero ¿cómo se hacía eso?

Una tarde de verano, cuando el sol trataba de esconderse, parecía que iba a encontrar la respuesta. A lo lejos se apresuraba una pequeña barca, podía identificar a dos personas. A medida que se acercaban, me di cuenta de que eran un joven y una mujer. Cada vez la distancia era menor y parecían exhaustos, sin duda alguna, y los ayudé a subir el acantilado.

Los ojos de ambos se movían con desconcierto, su delgadez era preocupante, sus ropas estaban deterioradas, la barca estaba casi rota, y apenas podían sostenerse en pie. Les ofrecí cobijo, mi faro no era un lugar muy recogidito, apenas tenía unas condiciones factibles para vivir. Nada más entrar se podía observar una triste cama y, junto a ella, una mesa, donde acostumbraba a comer lo poco que pescaba y a escribir. En la planta alta se encontraba la luz, la que cada noche encendía, y, por último, un baúl donde guardaba mis objetos y recuerdos más queridos.

Ambos eran muy amables, madre e hijo; me explicaron que, después de salir de la costa, una ráfaga de viento les había traído hasta aquí y que llevaban días y días sobreviviendo en esa pequeña barca. He de reconocer que para mí fue un alivio volver a ver a humanos, a conversar y a no pasar una noche más sola en este lugar, el que antes era mi querida casa, pero que con el tiempo me hablaba y me asustaba. Su estancia iba a ser tranquilizadora, por fin, podría volver a dormir sin escuchar gritos ni lamentos desde lo alto del faro y, lo mejor, sin escucharle a él. Lo que no comprendía era por qué me hacía esto. Con lo que siempre lo había cuidado, idolatrado y amado, por qué buscaba mi locura y mi desesperación ahora que había sido capaz de mantener mi mente fría y a él como un recuerdo.

Los acoplé como pude en el suelo con las mantas que utilizaba para el invierno, cenamos algo de pescado y estuvimos hablando un buen rato hasta que cayó la noche, y con ella una fuerte tormenta, algo que en toda mi vida

había presenciado. El mar estaba rebelde, nunca había sentido miedo al verlo así. Las olas se golpeaban entre ellas, y ya no se besaban con los acantilados; la brisa no producía paz ni libertad, sino temor; el oleaje ya no causaba música angelical, pero sí infernal. Una fuerte ola llegó a golpearme y decidí entrar en casa. Lucas y María me ayudaron a cerrar la puerta bien y también la pequeña ventana que se encontraba a mitad de la escalera. No podíamos dormir, el rugido del océano se apoderaba de nuestras mentes, el ruido del agua chocando con el faro nos aterrorizaba, y el sonido del viento y de los truenos no ayudaba. Los segundos se convertían en minutos y los minutos en horas, cada vez la tormenta era más severa. Hasta que un chasquido sonó en lo alto. Era la bombilla, se había reventado. Automáticamente gritamos, no estábamos solos, todos lo podíamos sentir. No se veía nada, aunque se oían miles de cosas. No era miedo, era algo más: terror, puede ser, pero yo nunca había sentido tal cosa. Me apresuré hacia la escalera y, como pude, encendí una vela que se encontraba apoyada sobre esta. El corazón me iba a mil, las piernas me temblaban, me dolía el costado, me costaba respirar, mi piel sentía frío, y mi mente, pánico. Un respiro, y un rayo cayó sobre la ventana rompiéndola en miles de pedazos. No podía hacerlo, no podía subir, ¿qué me estaba pasando?

La voz de Lucas retumbó en las escaleras, la de su madre, también. Pero yo debía subir para poder solucionar el problema de la luz y tranquilizar el ambiente. Cada paso que daba hacia la parte de arriba liberaba un respiro

y a su vez un escalofrío. Me llamaban, era él de nuevo, me gritaba, y yo lloraba, deseaba, mejor dicho, rabiaba por verle, por volver a tocarle, mis oídos pitaban y mi cabeza no podía más. Tomé una decisión, subí corriendo, la vela se apagó.

Arriba, el agua no paraba de entrar, los rayos iluminaban la estancia, la luz se podía arreglar, yo aprovechaba para buscar mi baúl, donde debía de encontrar lo necesario para volver a alumbrar el mar. Tropecé con algo en el suelo, no sabía qué era, pero sentí cómo los cristales se clavaban en todo mi cuerpo; con mi mano palpé algo, era el baúl. Dentro no encontré ninguno de los artilugios con los que podía arreglar la luz. Pero sí encontré algo que no recordaba, era una carta.

Ya os podéis imaginar quién la escribió. Leer el encabezado inundó, de nuevo, mis ojos de lágrimas y mi mente de recuerdos. Mi Nicolás era un hombre fuerte, de carácter y muy posesivo, nunca le gustaba que me relacionara con nadie, a excepción de él. Mi familia falleció durante mi adolescencia. Él me enseñó todo, y me dijo que la soledad era lo único que las personas necesitábamos. En fin, me convenció para que viviésemos juntos, solos y sin nada ni nadie alrededor. Y aquí fue donde acabamos. Su carta estaba llena de exaltaciones y amor hacia mi persona. Estaba absorta en su lectura cuando un fuerte golpe procedente de abajo me sacó de mi sueño.

Quise bajar, pero algo me interrumpió, alguien sujetó mi mano, me giré y al presenciar lo que vi frente a mí me desmayé.

Me desperté aturdida, con sangre entre mis manos y con un golpe en la cabeza. El mar asomaba más feroz y el agua entraba sin cesar. Bastante mareada y asustada, bajé las escaleras, muy despacio, no podía, veía cosas por todos lados, le oía, notaba su presencia, estaba enfadado, como nunca lo había «visto». Al bajar, no vi a ninguno de los dos, pero sí una sombra tras de mí. Mis ojos miraron el suelo, el agua me llegaba por los tobillos, la puerta estaba abierta, ¿cuánto tiempo había estado inconsciente?, ¿dónde estaban Lucas y María? No podía pensar, solo gritar. Veía la sombra por todos lados, me seguía, me llamaba. Decidí seguirla, procuré no mirar al frente y limitarme a seguir mis pies y al espectro. Llegamos a un punto donde después de tres años volvía a pisar. Era la entrada subterránea a una habitación del faro. El lugar donde guardé los restos de mi amor, sus cosas y mi obsesión por él. No sé por qué, pero lo hice, entré. La puerta se cerró. Ante mis ojos no solo vi sus restos yacentes, también vi los del chico y su madre. Me derrumbé, él se había apoderado del faro. No dejaba a nadie, excepto a mí, entrar en nuestro pequeño faro. Me estaba volviendo loca, todo era demasiado para mí. Me apresuré a ir a una esquina, me encogí y lloré, como nunca lo había hecho, maldiciendo a la vida, al mundo. Otra vez quería morirme, encontrarme con él y descansar, sin más miedo, sin más dolor.

Tomé una decisión: si Dios no me ofrecía la muerte, yo me la daría. La barca de María y Lucas seguía amarrada al acantilado, el agua me golpeaba y el cielo me hablaba. Era mi hora. Me tumbé sobre ella triste y sola,

aguardando a la muerte y a mi amado; la espuma me hería, poco a poco me iba adormilando, y mi vista se iba nublando, pronto me juntaría con él, con el amor de mis amores.

¡Qué incrédula fui! Me desperté en la casa de socorro, aturdida y confundida. Los médicos me explicaron que llegué en una condición pésima y que me habían encontrado a las orillas del mar andaluz.

Nadie supo nada de lo que esa noche pasó en aquel faro en medio de la nada, ni yo misma. Siempre me quedará la duda de qué me ocurrió cuando mis ojos se cerraron y mi cuerpo se fundió con el océano. Dicen las malas lenguas que nunca hubo tal faro situado aproximadamente a sesenta millas de la costa gaditana. ¿Acaso todo fue fruto de mi imaginación?, ¿mi amor nunca existió? No puede ser porque hoy, todavía, encerrada en esta cárcel para enfermos mentales, le oigo, me llama, siento sus abrazos, su amor, sus besos y sus poemas. Digan lo que digan, siempre estará conmigo y siempre será mi estrella y mi guía, la guía de mi mar.

**El bosque
de los sauces negros**

Julián Berbis Mallo
(Greenwich School,
Alcobendas)

El bosque de los sauces negros

Ya había entrado la noche. Era hora de parar el trayecto y buscar un lugar donde cobijarme y reponer fuerzas. Me encontraba en una de las regiones más despobladas de Escocia y tenía que buscar refugio con gran rapidez.

31

A medida que el tiempo pasaba, caía la sombra sobre todos los montículos que se plegaban a lo largo de las tierras escocesas y me encontraba en una batalla contrarreloj contra la oscuridad. Llegado el momento en el que había perdido toda esperanza de dormir bajo un techo esa noche, divisé a lo lejos una luz que parecía provenir de un caserón. Avancé con paso ligero hacia aquella mansión que parecía ser mi salvación.

Tras recorrer varios kilómetros a lo largo del sendero de grava que había empezado desde la ciudad de Inverness, por fin volví a pisar una calzada hecha de piedra, como las que abundan a lo largo de las grandes urbes industriales de Londres y Liverpool. Había entrado en la finca de la casa.

A pesar de que lo que había visto hasta el momento me había parecido reconfortante, hubo algo que no me

agradó en absoluto. A los lados de este camino se encontraban sauces negros, cuya figura me produjo un terror que llevaba años sin experimentar. Me temblaron las piernas, mi corazón empezó a palpar a un ritmo acelerado, y cada vez mayor, y puedo afirmar con total seguridad que incluso llegué a pensar que esos siniestros árboles escondían tras sus cortezas un alma malvada que deseaba verme morir.

Aligeré mi marcha progresivamente, hasta el punto de que recorrí los últimos metros de ese jardín corriendo. Aporreé con fuerza y nerviosismo la puerta. Nadie abrió. Golpeé con más fuerza esta vez. Tras un instante que me pareció eterno, por fin ese portón decorado con grabados de leones y dragones se abrió ante mí. La luz que salió del interior de la mansión me produjo una sensación de tranquilidad y seguridad. Estaba a salvo.

Se plantó ante mí un anciano enfundado en un traje marrón y de apariencia desgarrada, pero que intentaba parecer elegante. Era de baja estatura y de tez pálida. Su cabello estaba completamente gris.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle?

Noté que el hombre hacía gestos nerviosos con sus manos, las mantenía cogidas y no paraba de restregarlas entre sí.

—Buenas noches. Vengo de Liverpool y voy de camino a Thurso para trabajar como pescador, pero, por desgracia, no hay ningún hostel por estos lares y por ello le pido amablemente que me permita alojarme en su case-rón por una noche.

El anciano me invitó a entrar haciendo un gesto con la cabeza. Me sorprendió la rápida respuesta de ese peculiar personaje. ¿Acaso no quería conocer más a fondo las razones que tenía un desconocido para alojarse en su casa?

El mobiliario del interior de la morada me pareció hogareño y me resultó familiar en un aspecto que no puedo describir con claridad. Era como si lo hubiera visto en un sueño lejano. La mansión era fría, mas no podía evitar sentir una sensación de calor proveniente de ella.

—Permítame que le sirva la cena, buen señor. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Ernest Howard.

—Un placer. Yo me llamo Alan McCormick.

Me dio un apretón de manos y pude notar que su brazo temblaba levemente. La verdad es que el comportamiento de mi anfitrión estaba empezando a resultarme extraño, pero sería en la cocina donde comenzaría mi pesadilla.

—Acompáñeme a la cocina, señor Howard. Este viejo caserón es muy grande y no quiero que se quede solo.

En la cocina vi como mi anciano hospedador cogió un gran cuchillo con sus huesudas manos y se dispuso a cortar unas cebollas. Las manos del hombrecillo temblaban ahora más que antes, y picaba las cebollas con especial lentitud, hundiendo lentamente el filo y haciendo cortes desiguales en el vegetal.

En ningún momento me miró a la cara mientras cocinaba, parecía estar concentrado en algo, aparte del plato que estaba preparando.

Noté cómo una gran cantidad de sudor frío empezó a recorrer mi cuerpo. Desde ese instante empecé a temer por mi vida. Contaba con ansiedad las cebollas que mi anfitrión cortaba. Una, dos, tres, cuatro... ¡Cuándo acabaría ese sufrimiento! Si mi destino era morir a manos de ese escuálido anciano, que así fuera, pero que no me dejara en vilo.

Ya cortadas las cebollas, fui junto a mi anfitrión al salón, donde cenamos *haggis* con guarnición de cebolla.

Durante la cena, el señor McCormick y yo apenas conversamos.

—Espero que no le esté causando una mala impresión mi comportamiento, señor Howard. Desde que murió mi esposa Caroline, la única persona con la que hablo es con el repartidor de víveres que viene cada semana aquí a traerme provisiones desde la ciudad de Inverness.

El terror que me había causado mi anfitrión empezó a disiparse. Tal vez fuera una persona peculiar, pero no un asesino.

—No se preocupe, señor McCormick. —Y observando una ordenada colección de libros de Edgar Allan Poe, que se encontraban en una estantería, inicié un tema de conversación—. Por cierto, veo que es usted un seguidor de los autores románticos.

—Así es. Cuando estás solo en una casa tan grande, al final los libros son lo único que te queda.

No obstante, hubo algo que llamó brevemente mi atención. Había un hueco en esa estantería tan ordenada. Faltaba un libro.

Tras esa agradable velada, el señor McCormick me enseñó la habitación donde me alojaría y me señaló una estancia contigua donde no debería entrar.

—Le ruego que no traspase esta puerta, señor Howard.

No me atreví a preguntar por qué no quería que entrara ahí.

Ya en la cama, dormí plácidamente tras observar con detenimiento el dormitorio que me había sido asignado. A pesar de poseer una decoración austera, un gran cuadro colgaba enfrente de mi cama. Era el retrato de una joven mujer pelirroja. Tal vez fuera la hija de McCormick, o su esposa durante su juventud.

Esa misma noche tuve una pesadilla. Paseando por el pasillo que conectaba los diferentes aposentos de la casa, vi como mi longevo hospedador perseguía a la joven del cuadro con una gran hacha. Se oía un tictac de fondo que crecía momentáneamente. Dos mayordomos intentaron detener al anciano, que asestó un golpe mortal a uno, lo que hizo que el otro se retirara. Tictac, tictac. El anciano alcanzó a la mujer, que cayó desplomada al suelo después de que McCormick le clavara el hacha en la espalda. Tictac, tictac. Fue entonces cuando el anciano fijó su mirada en mí, y en breves instantes me acometió con su hacha. Tictac.

Entonces desperté. Este sueño me hizo abrir los ojos, ¡el viejo McCormick había asesinado a sangre fría a su esposa y a todos los habitantes del caserón y los había escondido en la habitación prohibida! Rápidamente, puse

rumbo al dormitorio al que me había ordenado no entrar. La puerta estaba cerrada con llave, pero logré traspasarla tras propinarle varias patadas violentas. La habitación estaba completamente vacía. En un estado de frenesí, al no encontrar ningún cadáver, empecé a sacar las tablas del suelo una a una con mis propias manos. Y, en efecto, ahí se encontraban tres cadáveres enrollados en telas.

Después de observar el sangriento secreto de McCormick, giré mi cabeza hacia la puerta y pude ver que él estaba ahí.

—Supe desde el primer instante, a pesar de su aspecto tan cambiado, que fue usted, señor Howard, antiguamente señor Angus, dueño de esta mansión, quien me había venido a ver. Pude distinguir el reflejo de la locura en sus ojos. Como puede comprobar, los sirvientes que usted asesinó siguen aquí.

El anciano hablaba ahora de una forma más seria y solemne de lo habitual.

—¿De qué está hablando? —le pregunté.

—Puede que el golpe en la cabeza que le asesté hace diez años le haya causado amnesia, pero ha de saber que fue usted quien cometió estas atrocidades. Yo intenté detenerle, mas las obsesiones paranoicas que empezó a desarrollar hacia los sirvientes de esta mansión, incluyéndome a mí y a mi esposa Caroline, le condujeron a la locura. Empezó incluso a desconfiar de los sauces. Fue cuestión de tiempo que decidiera blandir un hacha y acabar con todos los habitantes del caserío, para después enterrarlos en la única habitación vacía de la casa, la de su

futuro hijo. Por suerte, yo pude huir de su matanza, para luego volver y dejarle inconsciente con un libro, *El corazón delator*. Acto seguido, hui al bosque, y, una vez que regresé, usted había desaparecido. Hasta se buscó una nueva vida, como puedo ver.

—Es mentira. ¡Todo lo que dice es mentira!

Ultrajado por las falacias que había dicho aquel anciano demente, me abalancé sobre él y terminé con su miserable vida, asfixiándole con mis propias manos.

—Y eso, señor agente, fue lo que pasó el 23 de abril de 1870... ¿Puedo irme ya?

Elliot

Carla Montero Jirón
(Colegio Fray Luis de León,
Madrid)

Elliot

Carta 1

Devon, Inglaterra, 5 de noviembre de 1920

41

Te sorprenderá saber que, tras varios intentos, mi marido y yo aguardamos por el nacimiento de un bebé. Sé que deseabas ser tía desde que Arthur y yo contrajimos matrimonio, es por esto que, tras confirmar mi embarazo, me he apresurado a escribirte. Siento que me embarga una inmensa alegría al pensar en un futuro con un retoño entre mis brazos, arrullándolo y meciéndolo con suavidad. Estoy segura de que a ti también te hace ilusión, y probablemente mamá estará encantada en cuanto reciba la noticia. Arthur también se encuentra entusiasmado. Últimamente nos pasamos las tardes pensando nombres para la criatura; nos gustan los nombres de Abigail y Joyce si es niña, y Jackson y Elliot si es niño. Esperaré por tu respuesta a esta carta en la que me señales tus favoritos.

Cambiando de asunto, he de contarte, hermana mía, que el negocio de mi esposo no va demasiado bien. Al principio, su clínica iba sobre ruedas, pero desde que finalizó la guerra el número de pacientes ha ido decayendo.

Arthur se encuentra fatal, se siente inútil y un completo incompetente, aunque la noticia de nuestro bebé le ha subido el ánimo.

Siento tener que pedirte esto, pero si alguna vez precisamos de apoyo económico me gustaría poder recurrir a ti. Ahora que esperamos un hijo, tendremos que mantenerlo y requerimos de una cantidad de dinero mayor. Espero que nunca tengas que ayudarnos, pero tengo fe en que estarás ahí si te necesito.

Dale un beso a mamá de mi parte, pero, por favor, no le hables sobre mi futuro bebé; prefiero ser yo quien le comunique la buena nueva. Gracias por todo y cuídate mucho.

Tu afectuosa hermana,
RACHEL CAMPBELL

Carta 2

Devon, Inglaterra, 27 de abril de 1921

¡Qué alegría me dio al ver por primera vez la carita de Elliot! Deberías verle; es una preciosura. Tras nueve meses de espera, el parto ha salido a pedir de boca, y tanto el niño como yo nos encontramos completamente sanos. Es una pena que no hayáis podido estar aquí para presenciarlo.

Me encuentro impaciente por mostraros al nuevo miembro de la familia.

Elliot, Arthur y yo os mandamos un cálido saludo desde Devon.

Tu hermana que te quiere,

RACHEL CAMPBELL

Carta 3

Devon, Inglaterra, 8 de septiembre de 1921

Unas inmensas ganas de llorar me embargan mientras te escribo, hermana mía. La razón de esta carta es una verdadera tragedia y creo que mereces saberla.

Hace unas semanas nuestro hijo Elliot desapareció de su cuna sin dejar rastro, por lo que llamamos a la policía para que descubrieran su paradero. La única evidencia que dejó su secuestrador fue la ventana abierta de su alcoba.

Desde entonces siento un gran vacío y no ceso de sollozar cuando el sol se pone, contemplando el lecho vacío de mi niño. Arthur tampoco es capaz de contenerse y hay momentos en los que derramamos juntos las lágrimas mientras nos lamentamos por la pérdida.

Aún guardamos un atisbo de esperanza por que encuentren a Elliot, aunque todavía no hemos recibido ninguna llamada en la que se solicite un rescate. El caso tampoco avanza demasiado, y aun así mantenemos nuestra fe.

Siento tener que decirte esto de forma tan repentina, pero no he encontrado otra forma de anunciártelo.

Por favor, encárgate tú de informar al resto de la familia; siento que se me romperá el corazón si escribo otra carta comunicando la desgracia.

Un abrazo,
RACHEL CAMPBELL

Carta 4

44 Devon, Inglaterra, 11 de enero de 1922

Elliot

Tener que transmitirte esta noticia me duele tanto como cuando me la transmitieron a mí, hermana, pero como tía de Elliot que eres me veo en la obligación de hacerlo.

Hace tan solo unos días, dos agentes llamaron a la puerta de mi casa con el cadáver del niño metido en una caja. Lo habían encontrado flotando en el río Tavy y llevaba allí dos semanas, aproximadamente. Tenía hematomas por todo el cuerpo y heridas que no estaban antes de que nos lo arrebataran.

Nada más verle me entró un ataque de ansiedad y tuve que ser atendida por los policías, pero Arthur tan solo se limitó a coger la caja donde se hallaba nuestro difunto hijo y a llevársela lejos de allí. En aquel momento se lo agradecí, ya que la imagen de Elliot en aquel estado tan solo me producía una ansiedad mayor.

Aún no sabemos cómo, dónde ni cuándo se celebrará el funeral, pero creo que informaros sobre la situación es

más que suficiente. Espero poder veros pronto, pues en estos momentos necesito apoyo emocional. Todavía estoy en pleno duelo y aún me cuesta asimilarlo todo, pero confío en que con tu ayuda y la del resto de la familia será todo mucho más fácil, estoy segura.

Un saludo,
RACHEL CAMPBELL

Carta 5

Devon, Inglaterra, 2 de febrero de 1922

Sé que tanto tú como el resto de la familia os halláis a la espera de recibir noticias sobre la celebración del funeral de Elliot, y es por esto por lo que te escribo.

Desde que nos anunciaron su muerte, Arthur se encuentra diferente y se comporta de un modo muy extraño. Para empezar, no quiere que se convoque un velatorio por nuestro hijo; dice que es totalmente innecesario y que tan solo nos producirá un dolor mayor al que ya tenemos. Además, no me deja entrar en su zona de trabajo y apenas pasa tiempo conmigo desde la desgracia. Es como si estuviera ausente y ya no es el mismo de siempre. No sé qué pensar, Judith. De momento, no se conmemorará ningún funeral.

Tu hermana que lo siente,
RACHEL CAMPBELL

Carta 6

Devon, Inglaterra, 19 de marzo de 1922

Hermana, sé que lo que voy a decir a continuación te va a parecer una auténtica locura, pero debes creerme. No tengo ni idea de qué hacer o adónde acudir; necesito que me ayudes.

Hace poco entré en la clínica de Arthur y la imagen ante mis ojos fue demoledora; órganos y extremidades de bebé se encontraban desparramados sobre la mesa de trabajo de mi marido, o enfrascados y colocados en estanterías. El cuerpo abierto en canal de Elliot fue la peor parte de todas; no pude evitar derrumbarme nada más verlo. No entendía nada y lo único que se me pasó por la cabeza fue huir lejos de allí, de Arthur.

Pero, antes de salir corriendo, él me encontró y me detuvo, queriéndome dar una explicación a todo aquello. Me contó que era capaz de revivirlo con medicina y alquimia, y que solo podría hacerlo si le otorgaba un voto de confianza y guardaba el secreto. Al principio creí en él, pero, cuando dejé de hacerlo y quise detenerle, comenzó a amenazarme y yo no pude más que reprimirme. Ya han pasado varios días desde que me enteré, y no puedo continuar con esto.

Ayúdame, por favor.

RACHEL CAMPBELL

Carta 7

Devon, Inglaterra, 30 de marzo de 1922

Judith, si estás leyendo esto, probablemente ya no esté aquí. Arthur ha conseguido darle vida a un ser, pero ya no es nuestro niño; es un monstruo. Ha matado a mi esposo y ahora viene a por mí. He tenido tiempo para llamar a las autoridades, pero no puedo salir; Elliot anda por la casa y tengo miedo. Estoy escondida en un armario, con mi vida en peligro, pero aún me acuerdo de ti. Necesito decirte que te quiero y que, por favor, te cuides mucho. Gracias por...

(CARTA NO ENVIADA)

Buscando mi lado

Nerea Adeva Atín
(IES Alfredo Kraus,
Madrid)

Buscando mi lado

¿Cómo he llegado hasta aquí? No recuerdo nada, ni siquiera quién soy, solo sé que tengo frío. Todo lo que hay a mi alrededor está oscuro, pero logro distinguir algo... ¿Una casa? Mis piernas empiezan a hablar por sí solas y me encuentro corriendo hacia la puerta de esa extraña mansión de la noche...

51

Cuando llego, comienzo a fijarme más detalladamente y, a pesar de que estoy seguro de que no he estado aquí en toda mi vida, experimento una sensación de familiaridad. Llamo al timbre y, aunque varias luces están encendidas, nadie responde, por lo que fuerzo la puerta hasta poder entrar. Me encuentro en una sala con una gran alfombra roja y dorada que parece ser un recibidor. Me fijo en el gran reloj que se encuentra al fondo de la habitación, con el péndulo parado, al igual que las manecillas que marcan, exactamente, las cinco y cuarto, pero sé que no es la hora actual, pues la luna iluminaba el sendero que he tenido que seguir para llegar hasta este misterioso albergue. Lo que más me llama la atención de esta habitación es el sombrero que hay colgado del perchero

situado al lado de la puerta principal. No es peculiar, es tan solo un negro y elegante sombrero de copa, parecido al que llevan los magos y del que sale el famoso conejo blanco, pero me produce una sensación que no logro identificar, que hace que una sonrisa me cubra el rostro.

Intrigado por lo que pueda albergar esta mansión, me dirijo hacia la puerta que tengo a mi derecha y, al empujarla, me encuentro con un salón, en el que hay dos grandes sofás de cuero en torno a una mesita de café de cristal y, frente a ellos, una gran televisión, deduzco que de unas ochenta y ocho pulgadas o algo así. Encima del sofá puedo ver un teléfono móvil de último modelo con la pantalla rota. Mi curiosidad me puede y me lanzo a cogerlo, pero, ¡oh, qué sorpresa! No tiene batería. Por un momento pensé que podría llamar a alguien para que viniese a buscarme y sacarme de este lugar, aunque, pensándolo bien, ¿a quién iba a llamar, si ni siquiera recuerdo mi nombre? Por otra parte, me alegro de que esto sea así, pues tengo el presentimiento de que aún quedan cosas en esta casa que he de encontrar... Intento coger el móvil de nuevo para llevármelo, por si acaso me hiciera falta, pero algo, una fuerza, me lo impide, lo que me provoca otra sonrisa más y la sensación de que ese sentimiento va tomando cada vez más forma dentro de mi cabeza...

Me giro hacia lo que parece ser una cocina, con su vitrocerámica negra, su nevera metálica y alacenas a juego. Me siento en una de las banquetas rojas, situadas a lo largo de una mesa en el centro de la sala, donde

encuentro un cuenco lleno de fruta y unas llaves de un coche, aunque no recuerdo haber visto ninguno aparcado afuera ni la entrada de un garaje. Las cojo y, de repente, empiezo a oír voces, que me gritan y me susurran, me ruegan y me maldicen, pero, por mucho que busque, no logro identificar la voz que me habla. Me doy cuenta de que, cada vez que esa voz familiar me suplica, me voy haciendo más y más fuerte, como si fuese un animal, y estas súplicas, mi alimento, pero sé que aún me quedan cosas por encontrar, así que decido seguir explorando.

Vuelvo al vestíbulo y me dirijo esta vez a la habitación de la izquierda, que resulta ser un despacho. Este tiene un gran ventanal desde el que solo puedo observar el negro de la noche y la tenue luz que produce la luna, completamente redonda y de un color tan claro que fácilmente se puede confundir con una nube. A los lados de este cristal, encuentro dos grandes armarios de ficheros repletos de carpetas con documentos que parecen demasiado aburridos como para pararme a leerlos. Solo uno me llama la atención, uno en el que pone unas palabras en un idioma extraño, pero que siento que están vinculadas conmigo de alguna manera. En el centro de la habitación hay un escritorio, parece ser de madera de roble, lleno de folios, casi todos en blanco. De repente, sin previo aviso, escucho una voz de niño proveniente de lo que parece ser una pequeña figurita de acción que está en una esquina de la mesa y que grita: «Mami, ¿dónde estás? ¡Mami!», seguido de un grito que, lejos de ponerme los pelos de punta, me

hace soltar una pequeña carcajada sincera, de esas que no me salen muy a menudo. Este alarido levanta una especie de fuerza invisible que empieza a revolver todas las cosas del estudio, desde carpetas llenas de documentos hasta los folios que estaban encima de la mesa pero que ahora no se encuentran en blanco.

En todos ellos, sin excepción, encuentro la palabra o, mejor dicho, el apellido Beethoven escrito, que no logro relacionar con nada en este momento.

Solo me queda una planta por descubrir, la de arriba, en la que veo dos puertas. Decido empezar por la de la izquierda, detrás de la cual descubro un baño. Me fijo en la gran bañera que se encuentra en perpendicular respecto a la puerta por la que he entrado, pegada a la pared de enfrente, justo al lado de un estante donde hay colgadas dos toallas, una blanca y una negra, que instantáneamente vinculo con el yin yang. Continúo recorriendo la habitación con la mirada y localizo un lavabo, situado justo debajo de un espejo de pared, en el que no logro verme reflejado. Lo toco, pensando que, quizás, como por arte de magia, mi reflejo aparezca, recordándome quién soy, pero, en vez de eso, pasa algo muy distinto. Se apagan las luces y, cuando se vuelven a encender, me encuentro con el espejo muy empañado y con las palabras: «Nuestro último baño» escritas en él. Instintivamente, dirijo mi mirada hacia la bañera, donde veo dos faldas y dos camisetas desparramadas por el suelo. Son blancas y negras, complementándose las unas a las otras, pero, al hurgar en los bolsillos de las camisetas, encuentro dos

pinzas para el pelo, ambas grises, y decido no perder más tiempo intentando cogerlas porque presiento que hay algo que no me lo va a permitir.

Me dirijo entonces hacia la última de todas las habitaciones, la de la derecha. Por alguna razón me siento nervioso, algo que no me había pasado con ninguna de las otras, y también experimento un sentimiento de ¿pérdida? Dudando, giro el pomo para descubrir una gran sala de baile. Sus paredes son de color rosado y del techo cuelgan varias lámparas de araña de las cuales la más grande está en el centro de la pista. Hay varias ventanas, todas ellas cubiertas con cortinas de color beis, y varias macetas con plantas le dan más vida al lugar. Dirijo mi mirada hacia la esquina derecha, donde descansa un piano de cola de color negro y, nada más verlo, me entran unas ganas enormes de ponerme a tocar, aunque no estoy seguro de que sepa hacerlo. Mis pensamientos se paralizan cuando me fijo en unas pequeñas manolinas que descansan a los pies del piano, esperando a que alguien las encuentre. Corro a cogerlas, y es entonces cuando un sentimiento de confusión, culpa y vacío me llena. No logro averiguar su causa, lo que hace que crezca como una bola negra dentro de mi pecho. Sin saber qué más hacer, cabizbajo, me dedico a observar el espejo con el marco blanco y las esquinas doradas que se encuentra al lado del instrumento, pero nada más mirar al cristal me sobresalto no solamente por el hecho de que mi reflejo por fin haya aparecido, sino porque en él también veo todos los objetos en los que me había fijado, flotando

en el aire, detrás de mí, sin nada ni nadie sujetándolos, como estrellas en el cielo. Mientras mi cerebro intenta asimilar esta imagen, una música comienza a sonar. Tres notas que se repiten, una, y otra, y otra vez: mi-la-do. Al principio bajito, pero, poco a poco, va creciendo hasta que llega a los recovecos más escondidos de la sala. Es oscura, tenebrosa, aunque me hace sentir fuerte, seguro, poderoso. Justo cuando siento que estoy a salvo, aparecen siluetas con formas humanoides, sujetando estos amuletos y que se van acercando más y más a mí. La música crece a la vez que unos susurros van apareciendo y, de repente, ¡zas! Todo ha desaparecido.

Me despierto, desorientado. He debido de haberme desmayado otra vez. Me fijo en que la música sigue sonando, ESA música, a lo que no puedo reprimir una sonrisa. He hecho lo mismo que al joven mago del sombrero negro, a la adolescente del iPhone 8, a la empresaria del coche marrón, al niño fan de los superhéroes y que a las gemelas que se complementaban, con sus caras blancas, sus cabellos negros y las pinzas que les sujetaban los mechones que cubrían sus ojos. Miro a mi alrededor y lo veo. Bueno, más bien, LA veo, ya que es una chica la que yace sin vida en el suelo. Recojo el brazalete plateado que lleva puesto a juego con su vestido de noche, otro trofeo más para mi colección. Me levanto, consciente de que estos recuerdos no pararán de perseguirme. Ahora recuerdo quién soy. Un loco despiadado, según los telediarios. Buscado y odiado por todos. Soy el padre que mató en un ataque de ira a su pequeña bailarina y que no

ha parado de destrozar familias con la esperanza de que compartan su dolor. Pero también soy el que no para de escuchar a Beethoven con la esperanza de tocar *Claro de luna* en el piano negro de cola una última vez mientras su hija baila con sus preciosas manoletinias rosas...

La incesante melodía

Sara Alonso Arroyo
(Colegio Altamira,
Fuenlabrada)

La incesante melodía

61

Un día veraniego como otro cualquiera amaneció en Brighton. En este desapacible día, me encontraba tendida en mi toalla leyendo un libro sobre la historia de la música. Al salir de mi ensimismamiento vi a mi hermano Arthur y a Diane, su novia, disfrutando de un placeroso baño en el mar. Cuando los observaba, había algo que siempre me rondaba por la cabeza; Diane es mi prototipo de chica perfecta, cada vez que íbamos a la playa me corroía la envidia..., era tan impecable. De repente, Arthur me hizo volver en mí proponiéndome darme un chapuzón:

—Lo siento, chicos, bañaos vosotros, ahora mismo no me apetece ir, estoy leyendo este libro —contesté con indiferencia.

—Si vas a estar todo el rato leyendo, ¿para qué vienes? —respondió Arthur con tono de irritación. Al final, Diane cogió de la mano a su novio y regresaron a gozar del agua. Ninguno de ellos comprendía que con mi cuerpo no serviría ni de maniquí de escaparate..., con esta inexistente figura.

Al cabo de unas horas empezó a correr una ligera brisa que, aun siendo débil, me hacía estremecer. Decidimos entonces recoger las cosas y retornar a casa. Diane estuvo un rato con nosotros charlando, pero al anochecer se encaminó hacia su domicilio.

Una vez pasada la cena, Arthur y yo coincidimos en ver la misma película. De repente, el teléfono sonó, era Diane; se la escuchaba aturdida y muy nerviosa, por lo que nos apresuramos en ir a su casa. Al vernos se tranquilizó, pero al preguntarle por qué estaba tan nerviosa dijo que no nos preocupásemos. Al día siguiente ocurrió lo mismo. Sonó el timbre, y era Diane con un terrible estado de ansiedad, que sin parar de jadear vociferó:

—¡¿De dónde viene esta maldita música?! ¡Que pare de una vez! ¡Me está volviendo loca!

Mi hermano y yo nos quedamos perplejos, pues sencillamente había sido una noche tranquila hasta que ella rompió el silencio con sus gritos. Al ver nuestras miradas entendió que no escuchábamos esa «música» de la que tanto se quejaba. Mi hermano intentaba calmarla con suaves palabras. Le preguntó por la melodía y su origen, a lo que ella respondió que era un sonido irritante, que pareciera proceder de su propia mente, y que ya la había dejado dos noches en vela. Seguimos a Diane en la búsqueda de la dichosa música, inexistente para el resto, pero muy real para ella.

Nos condujo a un bosque donde pudimos percibir la figura de una mujer tocando una especie de instrumento.

Cuando se percató de nuestra presencia, comenzó a tocar una melodía mirándonos fijamente. Con la primera nota Diane se dobló sobre sí misma con un profundo gesto de dolor. Arthur se adelantó para intentar detener a esa extraña mujer, pero ella nos miró, formó una pequeña sonrisa arrogante con sus labios y desapareció en la oscuridad. Solo quedó el primitivo artefacto con el que tocaba la melodía. En el momento que paró la música, Diane dejó de gritar y, al parecer, de sufrir.

Al recoger el extraño utensilio, comprobamos que era una especie de arpa, un instrumento al que se le identifica como «angelical», aunque, por la extraña forma que tenía y la cara que puso Diane al verlo, parecía más adecuado referirse a él como «infernial». Nos quedamos un rato en silencio observándolo con detalle, pues no estaba hecho de un material adecuado, sino con uno que al contemplarlo por primera vez nos resultaba vagamente familiar.

—Esta arpa..., no me digas que lo que une las cuerdas es... ¿una costilla? —dijo con inseguridad Arthur. Ante este hecho, en un rápido movimiento, Diane le arrancó el arpa de las manos, la tiró al suelo y la empezó a pisotear hasta que únicamente quedaron pequeños trozos del hueso en el suelo y las cuerdas surcando por el cielo. Después de esta espeluznante escena, vi a Diane palidecer por momentos, como si hubiera visto a la mismísima Muerte en persona.

Al día siguiente fui a casa de Diane para ver cómo estaba. Traté de quitar importancia a lo ocurrido la noche anterior y cambié de tema, le comenté lo angustiada que me

encontraba por mi cuerpo y lo mal que lo estaba pasando. Ella me confesó algo inesperado: hacía unas semanas había pasado por quirófano para retirarse dos costillas y remarcar más las curvas de su cuerpo. La operación la realizó un médico a quien habían retirado la licencia..., a saber por qué. Este cirujano trabajaba en una especie de garaje al que había dado apariencia de quirófano. Diane dijo que el procedimiento fue un éxito y me aseguró que a mí me iría igual de bien. No me satisfacía la idea de pasar por una operación con un médico «retirado», pero deseaba tanto ese cambio que decidí aceptar.

Todo fue realmente rápido; contactar, explicar, pagar y proponer fecha, dos días después.

El médico era un hombre alto, canoso, de rasgos suaves y de carácter apacible. Me di cuenta de que, si te taparan los ojos para llevarte a su sala de operaciones, no sabrías diferenciarla de la de un hospital de verdad; el médico había hecho un excelente trabajo en la adecuación de su «quirófano». Antes de comenzar la operación no pude resistirme a preguntarle sobre la retirada de su licencia. Me contó una breve pero trágica historia: «Hace unos años, una joven, al igual que tú, acomplejada por su cuerpo, me suplicó que le retirase dos costillas para que se le marcara más la cintura. Me insistió tanto que cedí. Tras esa operación la joven quedó fascinada. Unas semanas después, volvió a rogarme que le quitara dos más, y acepté. No complacida lo suficiente, continuó su obsesión hasta no quedarle ninguna. La joven, al ver el resultado final, se enfureció y me culpó de haber

arruinado su vida. Me despidieron del hospital donde trabajaba y...», y ya no recuerdo nada más, la anestesia que me había puesto empezó a hacer efecto.

Me estaba despertando, apenas podía abrir los ojos. Intuí, por sus movimientos, al médico nervioso. Sentí que alguien me vigilaba, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me volví a dormir.

Cuando desperté por completo de la anestesia, el médico sonreía, me dijo que todo había salido según lo planeado. Yo estaba contenta de oír eso, pero, a su vez, seguía sintiendo algo o a alguien observándome.

Regresé a casa para encontrarme con Arthur viendo las noticias, las autoridades locales avisaban que se había cometido un homicidio cerca del bosque donde vimos a esa mujer. Tuve un mal presentimiento y quise ir al lugar para saber quién era la víctima. Por desgracia para nosotros, resultó ser Diane; tenía el abdomen abierto y no quedaba rastro de sus costillas.

Regresamos a casa y nos reclinamos cada uno en nuestra habitación hasta que el sueño se apoderó de nosotros. Me desperté a causa de un sonido muy apagado pero incesante. Caminé por el pasillo en busca de su origen. Cuando me quise dar cuenta, había aumentado el tono hasta distinguir con total perfección la misma melodía que la extraña mujer había tocado el día que la vimos en el parque.

Sabía que la melodía no pararía, me perturbaba, me atraía y me volvía loca a la vez. Sin pensármelo dos veces, me apresuré histérica a la habitación de mi hermano y le pregunté:

—¡¡Arthur!! ¡¿Cómo puedes estar tan tranquilo?! ¡Esa detestable melodía no para de sonar!

—¿Con qué tontería vienes ahora? —dijo Arthur con sequedad—. No suena nada, deja de tomarme el pelo. No tengo ganas de hablar con nadie, vete.

—¡Pero, Arth...! —Me dio con la puerta en las narices. Tras decir eso, supuse que aún estaba demasiado afectado por lo de Diane y que, con seguridad, ni siquiera había escuchado una sola palabra de lo que había intentado con tanta ansiedad decirle.

Guiada por la tenue luz de las farolas, me apresuré y me adentré en el sombrío bosque, donde pude distinguir una figura femenina de espaldas; era la misteriosa mujer. Al verla, frené en seco, pero se dio cuenta de mi presencia. Se giró y me sonrió. Comenzó a tocar una especie de arpa que sostenía en sus manos. Nada más rozar una de las delgadas cuerdas unida a lo que ejercía de «columna» del arpa, noté una fuerte presión en la parte inferior de mi abdomen; la presión era tal que comencé a gritar con gran intensidad. Entonces la mujer dejó de tocar y fue cuando pude alzar la vista y ver el arpa, que, al igual que la anterior, estaba formada por una costilla.

Pensé en qué relación podía existir en el hecho de que Diane escuchara la melodía y el resto de la gente no, y que ahora me estuviera sucediendo lo mismo a mí: es muy probable que esa costilla que conformaba el arpa fuera... fuera una de las que me extrajeron a mí.

Horrorizada con el reciente hallazgo apenas podía moverme. La mujer parecía que había adivinado mi

pensamiento, sonrió e inició de nuevo la melodía, anunciando:

—Uso tu pecho como cuerpo de resonancia, pues, como verás, está hecho con una de tus costillas. —Dejó de tocar el instrumento, pero tanto mi dolor como la música prosiguieron.

—Pe-pe-pero sigue sonando... —tartamudeé mientras me retorció de dolor en el suelo.

—¡Ja, ja! Sí, sigue sonando... —dijo la mujer con una extraña satisfacción en su tono—. ¿Te duele? —Tras escuchar esa pregunta, me quedé absorta en mis pensamientos, «¿Cómo es posible que me duela?, y más importante aún, ¿por qué para de tocar y sigo escuchando esa insoportable música...?».

—En realidad, el sonido procede de mí...; en el lugar de las costillas que me arrebató ese médico negligente me colocó un cúmulo de alambres... —De repente se detuvo para soltar una carcajada sarcástica y continuar diciendo—: Debido a eso, cada vez que respiro o me muevo, los alambres se enganchan y resuenan en una tétrica melodía, te lo mostraré.

Hizo un leve movimiento para situarse enfrente de mí, bajo la débil luz de la farola, donde, por fin, logré distinguirla con claridad. Su abdomen, en el que ya no había piel y solo se conseguía ver su interior, estaba repleto de alambres y costillas superpuestas sobre estos. Miré horrorizada el latido de su corazón, el movimiento de sus pulmones, la cantidad de alambres enmarañados unos con los otros... No conseguía expresar una sola

palabra ni hacer un solo movimiento con mi cuerpo, estaba paralizada por la espantosa escena.

—La verdad es que sí se nota que es un médico inepto —continuó hablando con tranquilidad—. Aun habiéndome trasplantado las costillas de la otra chica, se han enredado con los alambres y ahora todo esto es un caos. —«Diane...», pensé—. Y, encima, ahora la piel ha supurado... ¿Verdad, doctor?

Al oír eso, me giré y de entre las sombras surgió un hombre, era el médico que me había operado. Nada más verle comprendí que la chica de la historia que me narró el día de la operación... estaba justo delante de mí. Me sorprendió que aún siguiera viva, el médico ejecutó bien ese inconcebible procedimiento...

—Esta vez, doctor, procure que la operación salga con éxito, ¿eh? —dijo optimista la mujer—. Quiero que me trasplante las costillas de esta chica.

«¿De qué está hablando?», pensé. Cuando quise reaccionar, vi la cara de pánico del médico, pero se le notaba distante, indiferente.

—De acuerdo —dijo con decisión.

Eché a correr, escuchaba las carcajadas de la mujer detrás de mí y las pisadas del médico que me perseguía frenéticamente. Cuando noté que se me agotaban las fuerzas, apareció Arthur y me salvó. Con una fiereza desconocida se abalanzó sobre el maldito médico, derribándole y poniendo fin a la persecución.

—¡Katie! ¿¡Estás bien!?! —Tranquilité rápidamente a mi hermano mostrándole que, gracias a él, no tenía

ni una sola herida. Cuando nos quisimos dar cuenta, la mujer había desaparecido.

Tras el incidente, el médico fue llevado ante la justicia. Pasó preso el resto de su vida.

Aún nadie ha encontrado a aquella mujer, pero sigue en mi ciudad.

Lo sé porque en las noches más silenciosas se oye esa lúgubre melodía...

Le corbeau

Marina Cano Barreiro
(IES San Isidro, Madrid)

—Un amigo me dijo una vez que cada paso que tomamos en la vida nos lleva a un camino que nos acerca a la muerte —dijo el Cuervo.

Del espléndido maizal que antaño había sido, queda ahora solo un espantapájaros incomprendido.

Su trabajo no era difícil pero sí muy solitario, vigilando únicamente unos campos de trigo. Los días y las noches se le hacían eternos.

No había persona, animal o cosa que se percatase de su presencia. Su único pasatiempo era admirar los pájaros que le sobrevolaban, a los que saludaba diariamente y de los que nunca obtenía respuesta.

Lo que el espantapájaros no sabía es que estos nunca respondieron ni responderían debido al temor que les infundía...

Una noche gélida cayó a sus pies un cuervo malherido. Este no era capaz de volar y estaba demasiado agotado para continuar su doloroso camino, por lo que el espantapájaros decidió cuidar de él.

El cuervo mejoró notablemente tras varios días, por lo que llegó la hora de retomar su vuelo. Antes de que el cuervo se marchara, el espantapájaros le preguntó:

—¿Por qué no te quedas aquí en el maizal conmigo?

—Los espantapájaros sois seres horripilantes, insensibles, despiadados y crueles, sois unos monstruos —dijo el cuervo. Tras esto, el cuervo retomó su vuelo y se marchó.

El espantapájaros, atormentado por la respuesta del que creía su compañero, no supo qué hacer. No había motivo alguno para su deplorable existencia, y si el granjero advertía que estaba vivo, creería que era obra del demonio, y esto hubiera supuesto su destrucción.

Decidió entonces retirarse en el viejo e intransitable cementerio que se encontraba a las afueras de Barcelona, el cementerio de Sarriá, donde cuentan las leyendas que la muerte vaga por las calles en busca de los ignorantes que no piensan en ella.

Cuando uno de estos desafortunados se topa con el mensajero de la muerte, este le guía a una trampa tenebrosa, llevando el rostro cubierto. Si esto ocurre, ya no hay escapatoria: el emisario de la muerte revela su identidad y la víctima comprende el horror que le aguarda.

Pero esto para el espantapájaros no era una pesadilla, sino su salvación, pues por fin encontraría a alguien a quien de cierta manera le importase.

Avanzó a través de la maleza que separaba su hogar de la ciudad. Un charco reflejaba el cielo que brillaba a sus pies, y las gotas de agua disipaban su imagen.

Se adentró por el pórtico antiguo del cementerio, que debía hacer años que no era utilizado, pues la puerta se resistía a abrirse. Todo a su alrededor era desolador, tenebroso y silencioso.

El cementerio infundía terror, y por alguna razón inexplicable sintió un escalofrío. El espantapájaros esperó la ansiada llegada del enviado de la muerte. Transcurrieron cinco o diez minutos en silencio, quizá más, hasta que una figura emergió de la penumbra con las manos cruzadas sobre el pecho.

La capa negra que le revestía llegaba hasta el suelo y la figura sin rostro se deslizaba sin rozarlo, avanzando entre las tumbas como una aparición.

Llevaba un clavel blanco entre sus dedos. La flor parecía estar esculpida en mármol blanco; era magnífica.

La sombra se aproximó a una lápida que quedaba justo bajo su punto de observación, y se detuvo dándole la espalda.

Él no había advertido esa tumba, y entonces sintió que algo la diferenciaba de las demás. En ella no se leía ningún nombre, y estaba recién cavada. Solo podía distinguirse una descripción grabada en el mármol negro: «El infierno está todo en esta palabra: soledad».

La sombra negra permaneció en silencio por espacio de casi veinte minutos al pie de la tumba. Finalmente, depositó el clavel sobre la lápida y se marchó del mismo modo que había venido.

—¿Quién estaría enterrado recientemente en este antiguo cementerio? —se preguntó el espantapájaros.

Entonces decidió aventurarse y dirigirse intrigado hacia la misteriosa tumba. Miró a su interior y sintió un aroma fantasmal, a madera vieja, que emergía de las sombras. No se apreciaba el fondo y rezumaba humedad. Un insólito sonido resonaba más allá de su campo de visión. Era una especie de ruido metálico. Entonces escuchó el eco de una sacudida violenta, y en aquel momento el espantapájaros sintió el contacto frío sobre su nuca, como de unos dedos.

Abrió los ojos y un rostro le sonreía mientras le sostenía. Tenía una fuerza sobrehumana, una cara como de cristal en un rostro cincelado y solo se entreveían unos ojos sin vida, similares a un pozo sin fondo, que le recordaban al espantapájaros los horrores vividos tantas veces en sus sueños. La sonrisa del espantapájaros se convirtió en unos agonizantes gritos de terror. Entonces el espantapájaros intentó huir del peligro y de la locura precipitándose al interior de la tumba. Inerte, frágil, su voz era tenue y leve mientras se escuchaba al Cuervo de Edgar Allan Poe recitando el horrible final de su historia, ya que la muerte es lo único certero que tenemos:

«Otros amigos se han ido antes;
mañana él también me dejará,
como me abandonaron mis esperanzas».
Y entonces dijo el pájaro: «Nunca más».
Sobrecogido al romper el silencio
tan idóneas palabras,
«sin duda –pensé–, sin duda lo que dice

es todo lo que sabe, su solo repertorio, aprendido
de un amo infortunado a quien desastre impío
persiguió, acosó sin dar tregua
hasta que su cantinela solo tuvo un sentido,
hasta que las endechas de su esperanza
llevaron solo esa carga melancólica
de “Nunca, nunca más”».

Y el Cuervo nunca emprendió el vuelo.
Aún sigue posado, aún sigue posado
en el pálido busto de Palas,
en el dintel de la puerta de mi cuarto.
Y sus ojos tienen la apariencia
de los de un demonio que está soñando.
Y la luz de la lámpara que sobre él se derrama
tiende en el suelo su sombra. Y mi alma,
del fondo de esa sombra que flota sobre el suelo,
no podrá liberarse. ¡Nunca más!

La Sombra

Alejandra Dorronsoro

Málaga

(Colegio Fray Luis de León,
Madrid)

La Sombra

Siempre se ha dicho que Dios perdona y es bondadoso. Pero continuamente se nos ha demostrado que en la Antigüedad era un Dios que castigaba y creía en el sufrimiento. Hacía sufrir continuamente, imponiendo sus deseos ante todo y todos. Y Ella sabe mucho de eso. Lo sabe todo del pasado, pero también del presente. Lo sabe todo de ti, y del resto de la humanidad. Ella lo sabe todo, o casi. Solo se le escapa una cosa. Que estoy escribiendo esta historia. Ella es la Sombra, el parásito que vive en todos nosotros. La mujer siempre deseada por Dios, su secreto oscuro. El secreto que solo yo sé. En todos los relatos hay una historia detrás que no se cuenta, ¿verdad?

81

Pues esta es la historia oculta de la Biblia. El fondo negro que ha sido pintado de rosa para todos los creyentes. Que, aunque pensemos que Dios era un santo, él también era reservado para compartir ciertos temas. Porque para ser un buen maestro debía ser perfecto, ¿no? Esta es la historia en la que se creó el mal, la historia de cómo se creó a la Sombra. La Biblia nos cuenta cómo Adán se sentía solo y así se creó a Eva. Pues bien, esto

es una metáfora construida para reflejar la situación de Dios, solo que nadie lo sabe. Porque lo que dice la Biblia va a misa, nunca mejor dicho.

En fin, como iba diciendo, Dios no era diferente a los demás. Al fin y al cabo, nos hizo a su imagen y semejanza, y se reflejó en nosotros. Y Él también tenía un deseo, un deseo oscuro que nunca se llegó a reflejar en ninguna historia. Su deseo quedó oculto. Porque ¿a quién le va a hacer daño un deseo, un simple pensamiento? Dios deseaba tener a alguien como Él, a una mujer que le acompañase en sus eternos e inagotables días. Puede parecer un deseo estúpido o poco importante, pero ese pequeño instinto humano cambió la vida de todos nosotros. Sin ser consciente de ello, el pensamiento de una mujer similar a Él, a su nivel, empezó a tomar forma. Había días en los que Dios se sentía más cercano a algo, a alguien, acompañado. Había días en los que pensaba que se estaba volviendo loco, ya que sentía la presencia de algo vigilándolo. Una presencia no del todo agradable, oscura. Pero el Jardín del Paraíso era eso, un paraíso, así que ¿qué malidad podía haber? Dios lo había creado, por lo que era imposible que hubiese ningún mal. O eso creía Dios.

Dios no tenía problema con crear a humanos y seres vivos inferiores a Él, pero era incapaz de crear a alguien a su nivel. Para crear a alguien a su nivel tenía que encontrar a alguien superior a Él, pero ¿quién? ¿Quién ha creado o está por encima de Dios? Esas preguntas también se las hacía Él. Así que, al ser incapaz de resolver su problema, su deseada compañía se quedó en un pensa-

miento realista por así decirlo, en una sombra, en algo inexplicable. Algo que cada vez se independizaba más y escapaba de su control. Algo que no podía soportar, pero que tampoco podía cambiar. Porque no podía dejar de pensar en ella.

La Sombra era curiosa, pero no en una buena manera, sino utilizando la información, causando el mal y siendo cruel. Era la viva imagen del mal, quería hacer sufrir, y que todos experimentaran el sufrimiento y el dolor. La Sombra deseaba fuertemente todo esto, ya que vivía en la constante agonía de existir pero no ser nada.

Y Ella no quería seguir viviendo así. Así que, poco a poco, empezó a reunir poder. Se acercó a los humanos, considerándonos débiles, fáciles de manipular, pues lo somos. Comenzó a transformar su bondad en maldad, su generosidad en avaricia. Así conseguía estar en la mente de las personas, haciéndose cada vez más fuerte. Poco a poco, sin que ellos se dieran cuenta, transformaba su personalidad, les quitaba su amabilidad y su humildad. Nos hacía peores personas.

Dios no era consciente de ello, hasta que le ocurrió una horrible tragedia. Como tantas historias y Evangelios nos cuentan, Eva, y más tarde Adán, cometieron un pequeño hecho de rebeldía hacia Dios. Empujados por el diablo, comúnmente representado por la serpiente, probaron un fruto del árbol prohibido. Después de haberlo hecho, se dieron cuenta de que habían roto la única prohibición que Dios les había impuesto, y de que eso traería consecuencias.

De lo que no fueron conscientes fue de que el diablo no existía. El diablo eran ellos, estaba en su cabeza. Esa vozcita que muchas veces nos impulsa a hacer cosas que sabemos perfectamente que no están bien. Porque la Sombra era el diablo. Y vivía dentro de todos los humanos. Lo sigue haciendo.

Dios inmediatamente se dio cuenta de que algo iba mal. Había creado a los humanos para que fueran buenas personas y obedientes, no así. No quería que hubiese mal en el Paraíso, así que expulsó a Adán y Eva de su jardín. A partir de ahí todos nos sabemos la historia de la humanidad y de Dios.

La Sombra ha estado presente en todos y todas desde entonces, pero ha estado presente excesivamente en algunas personas. Desde hace mucho tiempo han existido personas sádicas y sectas satánicas. Desde hace mucho tiempo han existido manicomios y psiquiatras. Normalmente para locos o simplemente para la gente que ha albergado a la Sombra demasiado tiempo, como yo. Ha estado en mí demasiado tiempo. Por eso sé la verdad. Sé que estás infectado, aunque tú no lo sepas.

También sé que algunos me llamarán loco, pero solo escribo la verdad. Lo que Ella me ha contado, aunque no conscientemente. Porque tenéis que creerme, tenéis que hacer algo. Aunque, desgraciadamente, si has leído esto, la Sombra se dará cuenta de que sé la verdad y vendrá a por mí. Solo espero que no estés demasiado infectado. Y que seas más fuerte que Ella.

Farándula fúnebre

Alberto Flórez de Losada
y Amar de la Torre
(Colegio Virgen de Europa,
Madrid)

Farándula fúnebre

87

«El respeto a los difuntos es una costumbre de la que no todas las culturas están dotadas. Aparte de por ser comprensivos y cordiales con las personas que dejan tras su muerte, se los respeta por la ignorancia, confusión, y sensación de desconcierto que nos produce la misma. Pensándolo fríamente, no son más que materia inerte, un simple envase vacío. Vosotros los respetáis por la falta de costumbre a la hora de tratar con ellos, pero si tu función en la vida gira en torno a la muerte y para ti son elementos de trabajo, como si de un trozo de barro y un alfarero se tratase, ese respeto se acaba perdiendo. Es posible que el alfarero utilice su trozo de barro como elemento de distracción en sus momentos de aburrimiento, sin que pase nada, pero eso con un cadáver no se puede hacer, ¿no?».

Estas fueron las últimas declaraciones ante las cámaras de José María Castillejo, único autor de los espantosos crímenes que se cometieron en La Rioja el 19 de diciembre de 1986. Dichos crímenes serán revelados hoy, 31 de diciembre de 2017, en todas las cadenas públicas y prensa nacional, a petición del propio autor y narrados por él

mismo. Después de 31 años de incertidumbre con el caso Castillejo, España entera sabrá qué pasó en esa localidad.

«Con esta historia no vengo a excusarme, ni a pedir perdón, quiero que todo el mundo sepa lo que se siente, el placer en su estado más visceral, el rugir de mis entrañas cuando por la noche repasaba las caras de todos ellos. La planificación minuciosa, paso a paso, para que todo saliese perfecto el día del estreno.

»Yo estaba sentado en el salón viendo la televisión, mientras mi mujer hacía la cena y nuestros hijos jugaban en su cuarto. Yo nunca fui un amante del arte ni de la interpretación, pero sorprendentemente, a falta de un programa mejor, acabé viendo una representación teatral de *Romeo y Julieta*. Algo me invadió por dentro, la bella coordinación de todos los actores, aunque dentro de mí faltaba algo, ¿perversión, quizás?, no lo sé.

»Oí un ruido bastante fuerte en la cocina y, como era de esperar, fui a ver qué había pasado; mi mujer había sufrido un ataque al corazón, su cuerpo yacía sin vida en el suelo y mis hijos bajaban a saber qué había ocurrido. No tuve elección, recogí corriendo el cuerpo y me lo llevé de la casa. En mi sufrimiento profundo y desolador, hubo un destello de placer; sentir los movimientos de aquel cuerpo a mi antojo me fascinó; su fácil manipulación era brillante, quizás ese era el punto de perversión que le faltaba al teatro.

»Después de dejar el cuerpo de mi difunta esposa en el jardín, para que mis hijos no sintiesen el dolor de ver a su madre muerta, entré en casa. Las preguntas de mis

hijos me apuñalaban en lo más profundo de mi alma. “¿Dónde está mamá?, ¿qué ha sido ese ruido?”. Nadie está preparado para responder ese tipo de cuestiones, y menos si salen de la boca de tus hijos. Les conté lo primero que se me vino a la cabeza, que mamá se había ido, nos había abandonado. Total, ella no iba a desmentirlo.

»Mis hijos, desolados por la noticia, se fueron a dormir; yo hice lo mismo. Esa noche fue perturbadora, no podía parar de pensar en lo placentero, y a la vez cínico y perturbador, que fue levantar ese cuerpo sin vida, como la primera vez que pruebas un cigarro, no te gusta, pero quieres más.

»Al día siguiente dejé a mis hijos en el colegio y me fui a trabajar. Yo era organizador de eventos funerarios, hay gente que lo prefiere llamar enterrador. Había dos cadáveres de una pareja de ancianos que habían fallecido por causas naturales, sin cicatrices, ni desperfectos, dos cuerpos delgados de poco peso. Llevé a cabo el rutinario proceso de embalsamamiento, y comencé a meterlos en sus respectivos ataúdes. En ese momento, la mujer con su brazo, casi de trapo, me proporcionó una caricia de la cual me quedé prendido.

»Se produjo una conexión entre ellos y mi piel, que me trastornó y fascinó a la vez. Había encontrado el punto de perversión que le faltaba al teatro, su armonía encajaría perfectamente con los movimientos de dos cadáveres, manipulados a mi antojo.

»Llevé el féretro al lugar donde sería la ceremonia, quedaba poco tiempo, así que no se abrieron. Al ritmo de las

lágrimas de los familiares se enterraron los ataúdes. Lo que nadie sabía era que los difuntos ancianos nunca descansarían en paz, les quedaba mucho trabajo por delante.

»Después de enterrar dos cajas vacías, me dispuse a llevarme los cuerpos a casa y comenzar los ensayos de la obra. Habiendo advertido a mis hijos para que no entraran en la habitación de mamá, coloqué allí a los actores. Me faltaba reparto, no podía iniciar los ensayos teniendo solo a la pareja, me hacían falta más cuerpos despojados de sus almas. Me quedé un rato observando a los octogenarios, pensando en lo bien que me sentía, reviviendo un amor interrumpido por el fin. Los miraba y los miraba y mi mente, turbia y succulenta, se excitaba con las miles de ideas y de personajes que se me venían a la cabeza.

»Salí del cuarto, miré a mis hijos, y sus impertinentes lenguas me preguntaban que qué hacía en el cuarto de mamá. Los observé en silencio mientras ellos esperaban la respuesta, y seguí observándolos, hasta que pensé que una obra no era obra sin dos jóvenes cuerpos, puros, vírgenes y limpios de pecado. Sabía que ellos no valían, quién iba a presenciar el ensayo general si no eran ellos.

»Cogí el coche, velozmente llegué al cementerio, mi puesto de trabajo, mi cantera de eternas promesas de la interpretación. Hacía dos semanas habían llegado dos recién nacidos, fueron asesinados por sus padres, pero de manera química, eran cuerpos sin taras y pulcros. Lo más difícil fue desenterrarlos, el mundo está lleno de lenguas envenenadas, que atacan con sus preguntas incesantes; lo digo por Jorge, mi compañero, tan profesional como

desgraciado. Hasta que no le di una respuesta de por qué desenterraba esos cadáveres no dejó de preguntar. “¡Son muertos, Jorge, simples muertos!, ¡qué más te da, es una inspección rutinaria!”, le dije. Se marchó confuso, no le di importancia a ese bastardo fracasado.

»Llegué a casa, la descomposición de los cuerpos era evidente y la habitación de mi esposa comenzaba a oler. Para mi sorpresa, sonó el timbre, era Jorge. No podía entender qué hacía ese en mi casa y, rápidamente, eché el primer desodorante que vi por el baño, para que el olor se esfumase, junto a mis inesperados nervios.

»—¿Qué haces aquí, Jorge? —le pregunté.

»Me empezó a contar un rollo de que lo sentía por haber sido tan impertinente en el trabajo. Mi mente tan rabiosa como irreconocible volaba provocada con la idea de que Jorge pasase. No dudé ni un segundo en pedirle que entrara, ofrecerle asiento y algo de beber. Me acerqué sutilmente a su oído, mientras que él, confuso pero agrado, se dio la vuelta y le dije:

»—¿Jorge, quieres participar en mi obra de teatro?

»Le fascinó la idea, aunque cuando le enumeré los requisitos su sonrisa se escondió tras una cara paralizada por el miedo. Se intentó marchar, pero mi amistad con la muerte, fina pero eterna, me obligó a sacarle los ojos de sus cuencas, hasta que la sangre fuese testigo del horror que su vista no pudo presenciar.

»Sentado en el suelo, al lado del cadáver de mi compañero de trabajo, pensaba en lo poco que quedaba para que mis hijos llegasen del colegio. Eran niños inocentes,

pero comenzaban a estar muy tentados a entrar en la habitación de su madre y no podía permitir que viesan el proyecto antes del estreno. Le pedí a mi hermano que los recogiera y se los llevase unos días a su casa, ya que yo no podía en ese momento hacerme cargo de ellos. Aceptó sin rechistar y me dio vía libre para hacer los últimos retoques en mi obra.

»Tenía todos los actores: la pareja, los niños y el villano. Utilicé de asesino a mi amigo Jorge, ya que reemplacé sus ojos por dos canicas. Solo me faltaba esperar al día siguiente para que se estrenase la obra y mi público ocupara sus asientos. Organicé el salón con butacas y un escenario que improvisé, pero todo quedó perfecto. Mis padres confirmaron su asistencia, mi hermano y mis hijos también, sería el mejor día de sus vidas.

»Por fin llegó el ansiado día, todo el público estaba sentado en sus asientos. Ya solo quedaba abrir el telón, activar la cámara para que no solo las memorias fuesen testigos de la belleza que mi esfuerzo y pasión esculpió, y sentarme a disfrutar».

—Señor Castillejo, ¿afirma usted que está diciendo la verdad?, porque tenemos la grabación que dejó en la sala, y no se ciñe a lo que usted cuenta; de hecho, en la sala estaba usted sentado, pero alrededor no había público, por lo menos vivo. Eran personas, efectivamente con la identidad que usted nos dice, pero estaban todos muertos, ¿es consciente de eso?

—Soy consciente. Solo los vivos ven teatro de vivos y solo los muertos ven teatro de muertos. Por eso me comí

mis ojos, para no verlo. Perder la vista me recuerda lo mal que lo hice, pero el tacto, el gusto y el olfato me recuerdan el placer que sentí jugando con la muerte, estando más vivo que nunca.

La niebla y la llama

Diego Gallego Montero
(Colegio Sagrado Corazón
de Jesús, Madrid)

La niebla y la llama

97

La nieve, como claras lágrimas de luz de luna, caía suavemente sobre el pequeño jardín de la granja de los Elmer. Allí, en aquellas lejanas tierras de Dinamarca, los vendavales y el hielo eran algo habitual a aquellas alturas del invierno.

La granja se encontraba silenciosa. Solo un pequeño destello de luz se filtraba por las cortinas de una habitación del piso de arriba.

En el interior del cuarto, ajenas al viento que aullaba y a los árboles pelados que se estremecían en la oscuridad, una abuela y su nieta charlaban. La pequeña, rubia y con graciosas trenzas, se hallaba tumbada en una cama de madera con sábanas de retales, mientras que la anciana, cuyos cabellos plateados, con rastros de mechones rojizos, estaban recogidos en una caracola escandinava, se mecía en su tumbona.

—¡Abuela, es la hora del cuento! —chilló la pequeña, mientras saltaba torpemente encima de la almohada.

La vieja mujer abrió los ojos, hundidos en un mapa de arrugas. Ella solía decir que le salía una por cada

aventura vivida. Por eso tenía tantas. El dorado de su iris asombró a la niña, como cada vez que la veía. Era, sin duda, el rasgo de la anciana que más la impresionaba y turbaba al mismo tiempo. Aquellos ojos dorados...

—¿Cuántos años cumples mañana, Astrid?

—¡Diez, abuela!

—Bien, creo que ya ha llegado la hora de que te cuente El cuento.

—¿El cuento?

—Oh, sí. El cuento de los cuentos. Me prometí que te lo contaría en la víspera de tu décimo cumpleaños.

—Sus ojos centellearon.

Aquella frase consiguió calmar a la niña, que se arropó bien con las mantas.

—Soy toda oídos, abuela.

La vieja se repantigó un poco más en la mecedora. Y empezó a contar.

—Hace muchos años, donde ahora se encuentra la ciudad costera de Verrmüssen, antes solo existía un poblado. Eso sí, aquel era el poblado más próspero del norte de Dinamarca. El comercio era abundante, las primaveras traían consigo grandes cosechas, y los niños crecían sanos y fuertes. Las fiestas del verano eran conocidas en todo el país y acogían a multitud de viajeros y curiosos de toda Dinamarca. En definitiva, se podría decir que les iba bien.

»Oh, pero aquella aldea ocultaba un oscuro secreto».

En el momento en el que la abuela pronunció aquella espeluznante frase, como si se hubieran puesto de

acuerdo, el viento y la lluvia empezaron a embestir contra la casa con renovadas fuerzas, haciendo temblar los postigos de las ventanas. Astrid se arrebujó aún más entre las mantas.

—Oh, sí, un horrible secreto. Cuando los ríos se helaban, los animales se refugiaban en sus guaridas a hibernar, y cuando el último viajero se retiraba del pueblo para volver a su casa, el invierno llegaba, y con él, las sombras.

»Las nevadas eran continuas, y las noches, cada vez más largas. Los habitantes del pueblo se encerraban en sus casas, pero siempre había algún niño travieso, un hombre desesperado en cuya casa se habían acabado las provisiones, o alguien que directamente no creía en las habladurías, que salía a la calle cuando la noche había cubierto el cielo.

»Cuando aquello pasaba, a la mañana siguiente, el poblado tenía que contemplar un truculento espectáculo. Normalmente las sombras no dejaban el cadáver entero, sino que depositaban un brazo, una pierna, o incluso la cabeza del desgraciado, en medio de la nieve, donde todos pudieran verla. Un reguero de sangre indicaba que los demás restos de la víctima se encontrarían en el bosque».

—¡Eso es horrible, abuela! —La pequeña estaba claramente aterrorizada.

—Algunos hombres se armaron con rastrillos y antorchas para intentar capturar al monstruo, pero ninguno volvió. Al final, el pueblo se resignó, y cada vez que se

producía un asesinato, enterraban los restos del cadáver y no volvían a hablar del tema. A fin de cuentas, si se corría la voz de que un monstruo se dedicaba a asesinar a los habitantes del pueblo, ¿quién volvería a las fiestas? El pueblo se hundiría en la miseria. Así que todos callaban.

»Todos menos una joven, Freya, la hija del jefe de la aldea. Los sucesos no habían hecho más que enfurecerla y quería hacer pagar a aquel espantoso ser que aterrorizaba al poblado con sus crímenes.

»Freya era conocida en todo el pueblo por su extraordinaria belleza; y, aunque su cabello no era muy peculiar (era rojo, como una llamarada, al igual que el de todas las mujeres del pueblo), se sentía orgullosa de mostrar esa marca de distinción que diferenciaba a las mujeres de los hombres, todos rubios, al estilo nórdico. Pero pocos tenían en cuenta que poseía una de las mentes más brillantes de Dinamarca, un don que pocas veces podía utilizar porque su papel como mujer se veía relegado a cuidar la casa de su padre.

»Un invierno, se produjo el desencadenante que necesitaba Freya para pasar a la acción. Una mañana, al salir de sus casas, los habitantes de la aldea se encontraron, atada a un poste, la barba blanca y ensangrentada del venerable druida. Un sutil rastro de gotas escarlata indicaba que el resto del druida se encontraba en el bosque. Atemorizados por el asesinato de una figura tan importante, la asamblea del pueblo se reunió en una choza común. Por supuesto, ni Freya ni ninguna mujer de la aldea estaban invitadas.

»Los hombres más venerables de la aldea discutieron hasta la saciedad; los ancianos proponían un plan táctico, los jóvenes, atacar y vengarse de aquella criatura. En el momento culminante de la discusión, las puertas de la choza se abrieron de golpe».

—¡El monstruo!

—Las caras de los allí presentes no podían ocultar su sorpresa al ver que en el umbral de la cabaña se encontraban todas las mujeres de la aldea, armadas con mazos, flechas y otros instrumentos más rudimentarios, como una sartén. Y delante de todas ellas se encontraba Freya. Resplandeciente, como una estrella en el firmamento. Dio un paso adelante y dijo:

«—Venerables hombres de la aldea, esta criatura ha asesinado, raptado y mutilado a nuestros hijos, padres, primos, hermanos y hermanas... Nosotras, las mujeres, no tenemos voz ni voto en la asamblea, pero vamos a actuar. Tenemos un plan y vamos a ejecutarlo. Ha llegado nuestra hora.

»Y dicho esto, se fue, con todo su séquito de mujeres, para dar muerte a aquel monstruo. Se internaron en el bosque, con determinación en los ojos y furia en el alma. Ninguno de los hombres pudo detenerlas».

—¿Encontraron a la criatura, abuela?

—Sí, y sus temores se vieron fundados. Aquel ser era más grande que los árboles, y estaba hecho de completa oscuridad. La nada lo envolvía. Tenía piernas y brazos acabados en garras, hechas de retazos de niebla. Era espantoso.

»La criatura rugió, por esa boca que se asemejaba a un pozo sin fondo. Era un sonido gutural, parecía de otro mundo, un mundo de desesperación y tristeza.

»Se abalanzó sobre las doscientas mujeres, dispuesto a repetir lo que ya hizo con el druida, con el niño descuidado, con el leñador escéptico..., pero, como ya te he dicho, las mujeres tenían un plan. Combatirían a aquel ser de oscuridad con luz. Una luz brillante, pero también mortal. La luz del fuego, la luz de sus cabellos.

»A la señal de Freya, todas las mujeres encendieron los objetos que guardaban bajo sus capas. Eran antorchas. La luz invadió la oscuridad, y la figura monstruosa de aquel ser empezó a difuminarse. Soltó un aullido, como el de un animal moribundo, pero las mujeres aún no habían acabado. Todas juntas, como una sola persona, lanzaron sus antorchas, resplandecientes y letales, al monstruo. Su cuerpo, hecho de la Nada, empezó a fundirse mientras pequeños cráteres de fuego devoraban la oscuridad.

»Y ese fue el fin de la oscuridad, y el inicio de una nueva era en las vidas de la gente de aquella aldea del norte de Dinamarca».

La pequeña no habló cuando la abuela acabó de contar el cuento. Sus ojos brillaban, emocionados, mirando a aquella viejecita que se balanceaba en la mecedora. Después de un rato, consiguió abrir la boca.

—Me ha gustado mucho el cuento, abuela.

—Me alegro mucho, Astrid, me alegro mucho.

—¿Sabes qué es lo que más me ha gustado?

—Estoy impaciente por saberlo.

—Que la protagonista se llamase como tú, abuela. Freya. ¡Qué bonita coincidencia!

La anciana sonrió. Sus ojos dorados resplandecieron, hundidos en aquel mapa de arrugas. Ella decía que le salía una por cada aventura vivida. Por eso tendría tantas.

In ictu oculi

Leyre Gallo Fernández
(Santo Ángel British School,
Madrid)

Disculpen mi mala educación, no me he presentado. Habito en lo más hondo de cada persona, en lo más profundo de sus pesadillas. Arrastro los sentimientos de los más infelices y los guardo provocando enormes vacíos. Pero nada más, del resto ya se encarga la Muerte. Tarde o temprano me conocerás, pero no te precipites. Todo llega a su debido tiempo.

107

Aquella mañana de invierno se despertó un furioso viento procedente del norte, las hojas volaban descontroladas; bailaban inertes al tiempo que los árboles se zarandeaban de un lado a otro sin parar. Un apuesto muchacho con una enorme cicatriz en la cara caminaba sin prisa por las desangeladas calles de Sevilla. Traje arrugado, pelo despeinado; tristes señales de identidad. Andaba lentamente, contando cada paso que daba como si fuera el último. Sin saber cómo, llegó a un viejo puente de hierro cuyos pilares sobresalían entre las negras aguas. Caminó dubitativo recreándose en el eco de sus pisadas y se paró en seco al llegar a la mitad. Por un momento pensó

en hacerlo, pero no, no tenía fuerzas suficientes. El miedo era mucho mayor.

Cuando los leves rayos de sol comenzaban a calentar las frías y solitarias calles, el apesadumbrado muchacho divisó a lo lejos un antiguo monasterio rodeado de humildes casas que parecían descansar apoyadas sobre sus recios muros. En aquel momento, una extraña niebla invadió el ambiente y el chico se vio arrastrado hasta la fachada de aquella singular iglesia.

108

In ictu oculi

Al entrar en su interior, un escalofrío recorrió su cuerpo; ojalá las cosas hubieran sido diferentes, ojalá aún tuviera motivos para seguir viviendo, pero no, no los tenía. Se encontraba al borde de la desesperación, al filo de la muerte. Deambuló durante varios minutos observando sin detenimiento los cuadros que colgaban de las ennegrecidas paredes de piedra, pero ninguno llamó su atención. Cuando se disponía a salir, descubrió un pequeño lienzo situado en el ala oeste de la sala. Se aproximó con curiosidad y lo observó de arriba abajo.

Un horrible esqueleto sostenía un gran péndulo indicando la fugacidad del tiempo y la inevitabilidad de la muerte. En la parte inferior, descansaba el cuerpo inerte de un obispo junto a multitud de libros, ropajes de gran valor y espadas de antiguos caballeros. Sobre estos objetos, las manos de Cristo sujetaban una balanza haciendo alusión al juicio de las almas. Súbitamente, notó cómo algo se movía en el interior del cuadro. El esqueleto se levantó perezosamente y comenzó a ojear uno de los libros que se encontraban tirados en el suelo. Sin reparar

en los atónitos ojos que le observaban, el peculiar personaje se dirigió a la parte izquierda del cuadro y agarró un viejo ukelele al tiempo que se colocaba un sombrero de copa.

—Debo de estar volviéndome loco —suspiró sin dejar de mirar al esqueleto—. Creo que he perdido el juicio —continuó mientras se frotaba los ojos, incrédulo.

—¿Desde cuándo la locura es algo malo, muchacho? —preguntó una divertida vocecilla—. Para crear cosas nuevas hay que romper con lo convencional, nunca lo olvides —aclaró mientras se vestía con un elegante traje.

—¿Qui..., quién eres? —tartamudeó sin poder articular palabra.

—Soy Pío, el esqueleto Pío, vasallo de la muerte, esbirro del mal —dijo haciendo una reverencia con el sombrero—. Si me permites, me gustaría ser tu cicerón y enseñarte algunos de estos cuadros para que puedas contemplar ciertas escenas que te resultarán familiares. Veamos si estás preparado para dar el paso —añadió misteriosamente—. Acompáñame, te sorprenderán.

El chico asintió invadido por el miedo y siguió al esqueleto a través de la galería. Transcurridos unos segundos, se detuvieron frente a un enorme cuadro. Un barco varado en una playa solitaria ocupaba el primer plano de la obra. Un suave oleaje bañaba la orilla. Casi se podía escuchar su sonido acariciando la arena mojada. En el horizonte, un sol crepuscular desaparecía tras las verdes aguas, mientras unas cuantas gaviotas jugaban con el viento disfrutando de los últimos rayos de aquel día

de verano. El suave sonido del mar le recordó todos los momentos felices de su vida, transportándole instantáneamente a su niñez.

Un sentimiento de tristeza le envolvió y no pudo evitar emocionarse. Por un momento, creyó verse corriendo por aquella playa interminable, sin preocupaciones, sin miedos. Nada era más importante que la libertad que experimentaba frente al imponente mar, la felicidad que sentía en aquellos instantes. De niño, disfrutaba observando las puestas de sol. Aunque la luz diera paso a las tinieblas, siempre renacía dispuesta a vencer a la oscuridad. El chico se tumbaba sobre la cálida arena hasta que la última de las estrellas ascendía a lo más alto del cielo. Ellas siempre estaban ahí para él, siempre le escuchaban. Y así, entre el arrullo del mar y el cálido viento, poco a poco se quedaba dormido.

Anduvieron unos pasos más y se detuvieron frente a la siguiente obra. Un frondoso bosque salpicado de rocas, dibujado con exquisita delicadeza, parecía sostenerse en la falda de una solitaria montaña. Solo había que extender un poco la mano hacia la imagen, acariciar suavemente la tela, cerrar los ojos y dejarse llevar por los sentimientos. Ensimismado, creyó observar a una joven pareja que paseaba por un sendero en busca de intimidad; las sombras de los árboles parecían acompañarlos en su camino. Tras unos minutos, dejaron atrás el bosque y se sentaron sobre una hermosa pradera colgada al borde de un profundo precipicio.

—¡Nadie, nada, nunca podrá separarnos! —gritó el chico levantando los brazos al viento.

Tenía todo lo que deseaba; era joven, apuesto, y una larga vida le esperaba llena de momentos felices y pasiones por descubrir. Pero, queridos amigos, en esta vida no todo son alegrías. Un día te despiertas y te das cuenta de que lo has perdido todo y no queda nada por lo que continuar viviendo. Pese a todo, hay que seguir. Lo siento mucho, he vuelto a adelantar acontecimientos, espero que me perdonen. Volvamos a la historia.

Una tarde fría de invierno, el muchacho acudió a su cita como cada día y se sentó sobre la verde hierba a esperar a su amada. Las horas transcurrieron muy lentamente y, cuando las estrellas aparecieron en el horizonte, el chico comenzó a impacientarse; se levantó preocupado y empezó a dar vueltas en círculo en busca de alguna explicación lógica sin encontrarla. Repentinamente, un horrible presentimiento le asaltó, al tiempo que un sudor frío recorría su cuerpo. Se acercó temeroso al precipicio, aunque sin fuerzas suficientes para asomarse. En ese instante, observó con terror el lazo rojo que había quedado enganchado en las puntiagudas rocas, último testigo del efímero amor imposible que había desaparecido precipitándose al abismo.

En aquel momento, unas crispadas nubes grises invadieron el cielo, y en cuestión de segundos el suelo quedó empapado por completo. Aquel bosque que tanta tranquilidad le había inspirado a lo largo de los años se convirtió en el más angustioso de los escenarios.

Esa fue la primera vez que le vi. Me apoderé de su alma al igual que una tormenta descarga toda su furia en una tarde de verano; primero muy muy lentamente, luego, de forma extraordinariamente violenta. Comenzó a correr desesperado entre los árboles mojados que tan desconocidos le resultaban y, cuando no le quedaron más fuerzas para continuar, se desplomó sobre el sendero suplicando que aquella pesadilla llegase a su fin. Un hilillo de sangre rodó por su mejilla hasta mezclarse con la tierra empapada.

A partir de ese instante, su vida se tiñó de gris oscuro; parecía como si la felicidad nunca hubiera existido, nunca hubiera estado allí. Se despertaba cada mañana atormentado por sus pesadillas y se acostaba con el atardecer deseando que cada día de su miserable vida acabara lo antes posible. Nada tenía sentido, nada merecía la pena, nada le animaba a continuar. Su vida se convirtió en un terrible infierno en el que la muerte resultaba extremadamente tentadora. Pero las tormentas no duran eternamente.

Una fría caricia sobre la espalda invitó al muchacho a contemplar el siguiente lienzo. Un precioso arcoíris, borroso por la lluvia, se abrió paso entre las nubes, inspirando tranquilidad y un cierto halo de esperanza. De los ojos del chico, brotaron cálidas lágrimas que rodaron por sus mejillas sonrosadas. Algo le animaba desde lo más profundo de su ser para que rompiera las barreras que le oprimían y concediera una segunda oportunidad a la vida; al fin y al cabo, todavía quedaban multitud de cosas bonitas en el mundo.

Ansiaba la compañía, reír como solía de niño, caminar sin rumbo fijo, bailar bajo la lluvia, tumbarse a mirar las estrellas; en definitiva, ansiaba vivir. Un penetrante silencio invadió el monasterio, y una gélida brisa se coló entre los muros de piedra. El chico apretó la mano del esqueleto, provocando que esta se descompusiera junto al resto de su cuerpo, dejando únicamente reconocibles el traje, el sombrero y el ukelele. Volvió sobre sus pasos desconcertado y se situó frente al primer cuadro; todo se encontraba en su posición original. Sin embargo, en el rostro del esqueleto se había dibujado una casi imperceptible sonrisa. Entre sus manos frías y huesudas, sostenía un pesado libro que narraba una historia de valentía, de fuerza y superación.

El joven se alejó lentamente en dirección a la puerta y, tras mirar una vez más el inquietante cuadro, salió del monasterio y se dirigió hacia el centro de la ciudad, donde le esperaba la cruda realidad del mundo. No obstante, ya estaba preparado para afrontarla.

Esta es la historia de un muchacho que vivía en las sombras, que temía a las palabras e intentaba huir de su propio destino. Un muchacho, cuya cicatriz le recordó durante el resto de su vida lo bonito que era amar, lo bello que era vivir. Súbitamente, las aguas turbulentas del río se calmaron y la densa niebla desapareció, dejando al descubierto el precioso cielo azul de la ciudad de Sevilla.

Fue en aquel instante cuando supe que había llegado el momento de dejarle marchar. Me despedí de nuestro

protagonista y abandoné su vida para siempre. Se había convertido en el héroe de su propia historia.

Comencé a vagar por las calles, buscando nuevas almas que tomar, sentimientos que robar, corazones que romper, vidas que truncar. Tenía que conseguir que el dolor habitara en su interior; lo necesitaba para sobrevivir. Rara vez, cuando pierdo la batalla contra mis víctimas, no puedo pagar mi tributo a la Muerte y veo como se aleja silenciosamente, arrastrando sus sucias cadenas por las calles en busca de nuevas almas invadidas por el Dolor. Afortunadamente, suelo vencer, atormento a mis huéspedes hasta que la angustia es insoportable; entonces se entregan a mi fiel compañera, la Muerte: turbulentas aguas, afilada navaja, profundo precipicio, amargo veneno, áspera soga...

El último beso del caballo moteado

Blanca Martínez
(Colegio Sagrada Familia,
Madrid)

El último beso del caballo moteado

Aquella noche la luz de la luna iluminaba el bosque. Las ramas de los árboles formaban tétricas figuras que recordaban a los monstruos que a Catherine se le aparecían en sueños. Todo el bosque se había percatado de su presencia. Hacía mucho que nadie se atrevía a adentrarse en él debido a los cuentos de terribles bestias que los más ancianos contaban a los niños para asustarlos. La chiquilla también había oído aquellas historias, pero era como si no las recordara. No tenía miedo de que la devoraran, tampoco de perderse. Para ella el susto no existía, no tuvo que pensárselo dos veces antes de entrar en el bosque tras algo que había interrumpido su sueño. Avanzaba con paso rápido entre la espesura, destrozando las rosas que la adornaban, esparciendo los pétalos rojizos por la tierra mojada. Los ciervos despertaron al escucharla. Los búhos, ocultos entre las hojas de los árboles más altos, contemplaban cómo su figura pequeña y esbelta corría sin rumbo fijo, dando varias vueltas. Tan solo se escuchaban sus zancadas y su respiración agitada, cansada. Hacía no mucho que había llovido y el aire se notaba

húmedo; pero había algo más, algo que no era lo corriente entre la calma y el misterio de aquel bosque. Todo ser que habitaba el lugar sentía que aquella noche no era como las demás. Iba a suceder un hecho que haría que los animales se estremecieran y que, a la mañana siguiente, los pájaros no cantaran, oyéndose así tan solo los llantos de las personas que residían en el pueblo cercano.

Catherine había despertado en plena noche por culpa de una pesadilla, como ya era costumbre. Sin embargo, esta vez no habían sido las inmensas fauces de un lobo las que interrumpieron su dormir; tampoco los ojos de una figura encorvada sobre un lago ni los zarpazos asesinos de un oso gigante. Esta vez se trataba de un precioso caballo moteado de crines plateadas, que poseían cierto brillo mágico que envolvía y no permitía que desviases la mirada. Nada más ver las salpicaduras en su pelaje, los recuerdos de su madre volvieron a su mente. Evocó un cuerpo pálido cubierto de manchas que yacía sobre una cama y sintió unas ganas de llorar que finalmente reprimió. Intentaba no pensar en ella durante el día y evitaba cualquier cosa que se la recordara, mas luego, cuando ya era hora de irse a dormir, lloraba en silencio y deseaba que todo cambiara, aun sabiendo que era imposible. Y al ver aquel caballo, tan similar a ella, igual de gentil y bello, sintió que su relincho pedía que fuera detrás de él. Debía seguirlo. Quizá la guiaría hasta el lugar secreto en el que la mujer, a la que tanto quería, se encontraba, o quizá no, pero algo en ella se había removido y quería seguir al animal. Así que Catherine salió corriendo del

pueblo en el que vivía mientras perseguía a un precioso corcel de crines plateadas y manchas negras que galopaba hacia el bosque, el mismo al que se suponía que nadie debía entrar por la noche.

El caballo cabalgaba lo más rápido que podía por el prado que había entre la aldea y el bosque. En el cielo, las estrellas formaban una línea que acababa en los primeros árboles de la espesura. A Catherine aquello le pareció extraño, pero no más que los susurros que procedían de las flores de la pradera.

Cuando por fin entraron en el bosque, sintió un rayo que recorría su cuerpo y el presentimiento de que algo que era incapaz de imaginar iba a pasar. Como si de un laberinto se tratara, el caballo galopaba dando una y otra vuelta, metiéndose entre cada rincón oscuro que la maleza escondía. Quizá quería que la niña se perdiera, o que más de una vez se cayera y su ropa se manchara, que es lo que sucedió, además de empezar a sentir cierto mareo. El vestido azul de Catherine se rasgó por las ramas que la atacaban; a causa de los pinchos que sobresalían del tallo de unas rosas gigantes que danzaban al unísono, su rostro resultó herido y tuvo que ingeniárselas para pasar entre ellas sin ser pisoteada. Mientras corría detrás del caballo se sintió observada, y poco después notó cómo la tiraban del pelo los picos de unas aves que no tenía muy claro si eran cuervos o búhos. Alzó sus brazos y los movió de un lado a otro, consiguiendo espantarlas; pero era ahora la luz de la luna, que se filtraba entre los huecos de las hojas de los árboles, lo que le suponía un

obstáculo, pues le quemaba la piel. Se sentía débil y sin fuerzas para perseguir a un caballo que no hacía más que dar vueltas y cansarla aún más.

Miró atrás. Su pueblo ya no se veía, claro, se había adentrado mucho en el bosque. Pensó en volver, en abandonar; sin embargo, cuando recordó el último beso de su madre, en la frente que ahora sentía como si ardiera, corrió de nuevo detrás del animal. Mientras, cerró los ojos para ver aquel recuerdo con mayor claridad, y, al no percatarse de la gruesa raíz que salía del suelo, tropezó. Volvió en sí y vio como el caballo se marchaba sin ella, como lo que había hecho que volviera a sentir a su madre se iba, así que se levantó haciendo un gran esfuerzo.

Al cabo de un rato el corcel paró. Catherine observó que ya no había más árboles, rosas, arbustos o animales; tan solo un fondo negro y, en el centro, un redondel blanco que deslumbraba tanto que tuvo que entrecerrar los ojos. No sabía dónde se encontraba, nunca había oído hablar de un lugar así en los cuentos que los ancianos solían contar a ella y al resto de niños de la aldea. Se quedó un rato mirando todo cuanto había a su alrededor como si fuera a ser la última vez que estuviera allí. Le pareció bonito lo que veía, pero la oscuridad le recordaba todas las noches en las que su madre no había ido a su cama a cantar para ella una nana, todas las noches en las que estaba completamente sola. Un piano que cantaba una melodía que se sabía de memoria comenzó a sonar de fondo. Su madre solía tocarla, y ella, fascinada, miraba como lo hacía todos los días. Se sentó en el suelo y sintió

que sus piernas colgaban. Contempló el tenebroso y a la vez hermoso paisaje mientras escuchaba atentamente la música. No tardó mucho en comenzar a llorar y tener mucho frío. Quiso volver a sentir los abrazos de su madre, pero fue incapaz, pues ya no recordaba la sensación. Rememoró los años de la infancia, en la que aún se encontraba, y en los que escuchaba su dulce voz. No pudo evitar sonreír al acordarse de algunas regañinas que en su momento hicieron que se sintiera muy mal y hasta llorara y pataleara.

Lloró más fuerte al recordar el primer día en el que no pudo escuchar a nadie tocar en el piano la melodía que tanto adoraba. Desde entonces, cuando nadie podía verla, acariciaba las teclas del instrumento y, a veces, las pulsaba. Decenas de momentos vinieron entonces a su cabeza, momentos que hicieron que su mente volara y se imaginase cómo sería su día a día en la aldea si su madre estuviera con ella. Seguramente seguiría ayudándola con las tareas del hogar que tan poco le gustaban, comprarían juntas en el mercado y jugarían con el agua de la fuente bajo la mirada de los vecinos.

Catherine abrió los ojos cuando oyó el relincho del caballo. Se miraron fijamente durante unos instantes. El animal comenzó a andar sobre un suelo hecho de la oscuridad de la noche, dirigiéndose a la luna. La chiquilla alargó la mano y el animal se convirtió en la bella mujer a la que todas las noches hablaba. Con los ojos muy abiertos, enseguida se puso en pie y susurró el nombre de su madre varias veces. Lágrimas recorrieron las mejillas

de la niña, que no podía creer lo que veía. Hizo una señal con la mano para que se acercara y pudiera darle un abrazo y contarle todo lo que había sucedido desde que se marchó: todos los rumores que corrieron por el pueblo, todas las veces que se sentó sobre el bordillo de piedra de la fuente y observó pasar a los habitantes de la aldea, todos los nuevos cuentos que escuchó decir a los ancianos, todos los juegos con otros niños, todas las estrellas que contaba por la noche... y todas las veces que veía su rostro en ellas.

Un escalofrío la recorrió. Una vocecita decía que emprendiera el camino de vuelta, que lo que pretendía hacer era una locura; pero un fuerte deseo de reencontrarse en los brazos de su madre eliminó lo poco de cordura que quedaba en ella. La mujer la llamaba con su suave voz y su sonrisa decía que se acercara. Se dejó llevar y... dio un paso. Se encontró con el vacío, con un suelo inexistente, con sus pies sobre la nada. De pronto sintió miedo, y se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Negó varias veces con la cabeza y deseó volver a su casa, pero no servía de nada. Mientras caía hacia un lugar en el que las emociones no se conocen, en el que todo es oscuridad, dijo en voz alta el nombre de su madre repetidas veces, con la esperanza de que volviera. Y sintió sobre su frente un último beso.

La Avellaneda

Rosalía Montfort Bote
(IES Profesor Máximo
Trueba, Boadilla del Monte)

La Avellaneda

Transcurría el año 1293 en la tranquila aldea de La Avellaneda, situada en la ladera oeste de la Sierra de la Matanza, entre los pueblos de Castañar de Ibor y Fresnedoso de Ibor, provincia de Cáceres. Rodeada de paisajes verdes, olivos, encinas, castaños y salpicada por cultivos y pedregales. Con abundante agua por el paso del río Ibor, afluente del río Tajo.

125

Por aquellos tiempos reinaba Sancho IV el Bravo, hijo de Alfonso X el Sabio, y en esta tranquila aldea, sus habitantes labraban los campos y cuidaban de sus rebaños. Muchos de ellos se dedicaban a la caza del jabalí, el venado, el corzo y el gamo, tan abundantes en la zona que no les faltaba nunca de comer.

Sofía, con su pelo rizado y rubio, que le alcanzaba el final de su espalda, sus grandes ojos verdes a juego con el paisaje, y con su corta edad de unos cinco años, correteaba descalza en la orilla del río, cuando, de pronto, notó que por sus pies le subían varias hormigas blancas, rápidamente los sacudió para quitárselas y sin más subió hasta la aldea canturreando las

canciones que desde pequeña su madre le había enseñado.

Cuando regresó a casa estaban sus hermanos, Manuel y Nicolás, que eran como dos gotas de agua, los dos con el pelo color castaño y los ojos oscuros, idénticos a su padre. Se encontraban en la puerta con sus espadas de madera imaginando y jugando a ser grandes guerreros. En el interior de la casa, su madre estaba preparando la comida del día: migas de pan duro con chorizo y pimientos. A su lado se situaba Santiago, el hermano más pequeño, que, al igual que Sofía, era rubio, con los ojos grandes y azules. Este descansaba en su cuna de madera, hecha por su padre, cerca de la lumbre.

Toda ella era felicidad, la pequeña era feliz con lo poco que tenía, una familia humilde y todo un campo abierto para imaginarse que estaba donde ella quisiera. En aquella época no había escuelas y era su madre quien, a ella y a sus dos hermanos mayores, cada día les enseñaba algo nuevo, al mismo tiempo que tenía que cuidar de su hermano recién nacido, que tenía cuatro meses de edad. Mientras, su padre, espartero de la comarca, un hombre alto y delgado, con un tono de piel morena curtida por el sol, trabajaba junto con su burra de color gris, recorriendo otros pueblos vendiendo lo que con sus manos hacía: serones, escobas, felpudos, cestos...

Esa misma noche, después de que su madre les contase un cuento y rezar todos juntos como cada noche, antes de irse a dormir, Sofía volvió a ver corretear por la

habitación, donde dormía ella junto a sus tres hermanos, otro par de hormigas blancas por el marco de la ventana, lo que le hizo pensar: «Seguro que me han seguido desde el río».

Tres días después, mientras tomaba un vaso de leche recién ordeñada de una de sus cabras y soñaba despierta que vivía en un castillo, en la pared, las volvió a ver, pero ahora era una fila entera de hormigas blancas y volvió a pensar que habría venido la familia de las dos hormigas anteriores a visitarlas.

Días más tarde, tras llevar varias semanas fuera, regresó su padre a casa de nuevo, y desde el final de la calle Sofía fue directa a abrazarle junto a sus hermanos, pero su padre les pidió que por lo menos le dejaran llegar a casa, que estaba muy cansado. Aun así, ellos insistían en estar con él y no despegarse ni un segundo. Cuando por fin consiguió entrar, saludó a su esposa y procedió a contarle qué tal le había ido todo.

Contaba lo largo que había sido el viaje hasta llegar a Cáceres: unas cuarenta y ocho horas de viaje sin pararse a descansar, les contó que al llegar con todo el material tuvo que ir a repartirlo a varios puntos de la ciudad y que también recibió más encargos, así que antes de regresar a casa se tuvo que pasar por Cañamero, un pueblo más allá de Guadalupe para, con el dinero que había recibido, poder volver a comprar esparto y repetir el mismo trabajo.

Poco a poco ya no fue solo Sofía la que se daba cuenta de aquellas hormigas blancas, todos los vecinos de la

aldea estaban desesperados con tanta termita, no daban abasto para matarlas, porque se reproducían rapidísimo, y cuantas más mataban, más había. Aquella tranquila villa cacereña se convirtió en un infierno por causa de una plaga de termitas asesinas que poco a poco fueron destruyendo todo lo que pisaban, y ya no solo eran los muebles. Los críos más tiernos, los recién nacidos, fueron devorados por aquellos bichos.

La situación en casa de la familia Obregón-Alonso no era más que llantos en el momento en que Juliana se dio cuenta de lo que le estaba pasando a su pequeño Santiago. Las termitas salían de su boca cuando le dejó sobre la cuna de madera, con los mordiscos de hormigas le empezaban a faltar las extremidades, hasta que los llantos del niño terminaron, se había ido. El sufrimiento se podía sentir, el silencio recorría las calles, los habitantes intentaron coger lo poco que les quedó.

Sofía y su familia, en esos momentos tan malos, lo único que le pedían a Dios era poder salir de ahí, se preguntaban cada día por qué les tenía que haber pasado esa desgracia a ellos si jamás le habían hecho nada malo a nadie y ahora ya no tenían a la alegría de la casa con ellos, porque él había decidido llevárselo consigo, o eso le explicaba Juliana a todos los familiares.

Ya no sabían dónde meterse, así que los pocos que quedaron, después de una dura época de sufrimiento para todos, se trasladaron a un pueblo sin habitar, unos kilómetros más adelante, en lo alto de la montaña. Este fue llamado Castañar de Ibor, y allí empezaron poco a

poco a reanudar sus tristes vidas. Muchos de ellos fueron muriendo de hambre al no tener tierras que cultivar ni animales de los que poder comer. Se habían quedado sin nada teniéndolo todo.

El otro lado

Óscar Munashe Tengende
Consonni
(IES Profesor Máximo
Trueba, Boadilla del Monte)

El otro lado

Loco, demente, trastornado, hasta perturbado. Es así como me llaman todos, el paciente X. Me llamo Hieronymus Bosch, un don nadie, un ser no querido, un animal enjaulado, un simple muerto.

133

Te contaré mi historia, querido compañero, el porqué del encierro y de ser el único «paciente» condenado con la letra X.

Era un simple artista que dibujaba la belleza del paisaje que se veía desde mi ventana del ático. Ver a las bellas mujeres llevando sus cestas con el pan recién hecho por nuestro queridísimo panadero de la villa. Ver a niños reír y jugar todo el día bajo el sol. Habría dibujado tres cuadros el día de la noche celestial de la que hablaban todos, pero que yo ignoraba, ya que yo no me interesaba por lo que pasaba en el espacio. Me fascinaban las cosas cotidianas: cómo el viento acariciaba las hojas de los árboles, de qué se componían los colores del cielo y de la tierra.

Ya era el ocaso y yo, cansado de estar pintando, cerré los ojos y, cuando volví a abrirlos, la oscuridad había impregnado mi estudio y solo se veía la luz del fanal de mi

calle, que irradiaba con tan poco vigor que se veía la lluvia de estrellas sobre la que se había insistido en varios días. Me levanté del sofá situado detrás de la buhardilla, en la que me dormí. Me pegué a la ventana para ver la divinidad que descendía de los cielos. Con los ojos de los astros que caían. El espectáculo de cometas duró hasta el alba. No había visto nunca tanta finura en mi vida. Cuando emergió el sol de la tierra completamente, me fui a mi catre para soñar con lo que había presenciado.

Al instante en que cerré los ojos y me amoldé con mi esbozo, reposé con una sonrisa.

Escenas de luz, personajes ficticios, seres cósmicos, animales fantásticos, razas unidas destellaban vertiginosamente en mis sueños.

Me desperté con la misma sonrisa con la que me fui a la cama. Solo pensando en lo que soñé me entró un escalofrío de los buenos, de abajo arriba. Di un brinco de la cama, cogí tres lienzos para hacer un tríptico de los jardines que había gozado. En el primer lienzo empleé tres días, sin comer ni un bocado de lo que me habían preparado amigos que me visitaron.

Y reposé para evocar las escenas que había soñado.

Llegué al lienzo del medio y, como todo cuadro, lo terminé en seis días, tardé más de lo normal para trazar detalles exactos de la visión, la utopía que nunca nadie se hubiera imaginado.

El cuarto día del proceso del lienzo del medio, estaban hablando de otra noche celestial que iba a ocurrir en dos días. Me apresuré a terminar el lienzo para que me

inspirase para trazar el tercer cuadro, a ver si iba a ser el mejor de los tres. Pero, esa noche, la niebla inundó las calles y no pude visualizar lo que había en la calle desde mi ventana. Me entró este miedo irracional y no comprendí el porqué.

El cielo no se llenó de meteoritos, sino que estaba despejado con la luna llena en el punto más alto de su recorrido y bastante cerca de la tierra. La luna era roja.

Me apoyé contra la ventana para verla mejor. Sentí como si la luna me hablase, metiéndome en la cabeza ideas diabólicas que nunca se me hubieran ocurrido.

Y allí, en la ventana, me tambaleé hacia atrás y caí desmayado en el suelo frío del estudio.

Abrí los ojos como platos, me encontraba en un emplazamiento donde las llamaradas llegaban al cielo, la gente chillaba como si sus almas hubieran sido devoradas por el mismísimo Lucifer, había edificios en ruinas y muchísimos elementos peculiares.

Tenía los pelos de punta, en los brazos, en las piernas, y, además, en la nuca, presentía que alguien o algo me estaba mirando desde la esquina más oscura de ese infierno mío.

Escuché por detrás de mi oreja como algo salía del agua, ni me lo pensé dos veces, corrí como el rayo, intentando esquivar a los demonios que trataban de embelesarme con sus placeres malignos.

En cada esquina de este abismo había una criatura diferente que quería comerme. No comprendía nada. ¿Por qué este averno me retenía?

Fatigado por la carrera de estos malignos, sentí una mano encima de mi hombro. Lentamente giré la cabeza pensando que algún diablillo me había alcanzado, pero cuando le miré me quedé petrificado.

No era como cualquiera de estos espectros. Era la Muerte en persona.

Se me escapó una lágrima, recorriendo mi mejilla sonrojada para después caer al suelo. En ese instante, todo lo que me rodeaba estaba en silencio, absoluto silencio. Oí como mi corazón palpitaba rápidamente.

Y la única cosa que se oyó de la Muerte, con su voz oscura y raspada, fueron tres palabras: «Es tu hora».

Alzó su guadaña y...

Desperté con las palmas de mis manos y la frente sudadas. Me levanté del suelo lentamente, me miré en el reflejo de la ventana y vi a un hombre asustado, a punto de estallar en lágrimas, pero no. Me fui al tercer lienzo y empecé a dibujar todo lo que había visto en esa pesadilla, en esa condenada maldición.

Tardé todo el día y, cuando llegó la noche, salí a la calle con el lienzo, por primera vez en varios días. Era de noche y la gente me miraba como si estuviera demente, trastornado, hasta perturbado.

Grité y grité pensando que nadie me escuchaba, pero en realidad todos se escondían en los postes, en sus balcones, escuchando lo que tenía que decir.

Tenía tantos escarmientos que testificar.

Algunos de los que escuchaban habían llamado a las autoridades para que me llevaran al hospital. Y es eso lo

que hicieron. Me cogieron y me ataron a una silla mientras yo les intentaba avisar de los peligros.

Un cura me vino a ver con un doctor acompañado de una enfermera, ya llevaba varios minutos atado en la camilla.

El doctor y el cura no paraban de decir que lo que padecía era la psiquiatría. La enfermera le preguntó al doctor qué era la psiquiatría, a lo que él le respondió:

—Una concepción primitiva de la enfermedad mental...

Y el cura le interrumpió, aportando lo que sabía, y diciendo:

—Que estaba loco, que estaba poseído por algún demonio o era un castigo de Dios.

Y como era el único paciente de la villa que tenía esta condición, me condenaron con la letra X.

Un guardia entró con la comida del paciente y le preguntó con quién estaba hablando, y él respondió que estaba hablando con su nuevo compañero, «mi nuevo amigo».

El guardia miró alrededor y vio que solo estaba Hieronymus Bosch con una camisa de fuerza y la comida que había traído él ahora. El guardia le dijo que se lo pasase bien, ya que lo iba a hacer toda su vida.

Algunos policías fueron a la casa de Bosch para recoger sus pertenencias. Y allí estaban los míticos cuadros que había dibujado, dos espléndidos jardines y un infierno terrorífico.

Ahora, señores y señoras, sabéis la verdadera historia del cuadro de *El jardín de las delicias*.

El bosque callado

Aurora Pedreira Gómez
(Colegio Fray Luis de León,
Madrid)

El bosque callado

Noviembre de 1874, Rising Hills, Heathall, Inglaterra.

141

Era una noche cerrada en el pueblo de Rising Hills. Hoy era el solsticio de invierno y el viento gélido azotaba suavemente los árboles. Las estrellas, como lunares en la piel, moteaban el cielo oscuro y azulado. Había luna llena y brillaba tanto como un faro al borde de un acantilado. Desde aquí podían verse las casas esparcidas por el valle. A la luz del día eran coloridas, rústicas; pero ahora que era de noche se camuflaban con el claro. La luz de la luna se colaba entre las ramas de los árboles creando sombras danzantes que daban un aspecto lúgubre y macabro. De repente, una silueta se proyectó en la hierba que crecía de forma salvaje en las raíces nudosas del sauce milenario. Casi todos los árboles de ese frondoso bosque eran viejos. Habían crecido muy juntos, provocando que sus ramas, ya en el cielo, se unieran, formando una especie de toldo que impedía el paso de la luz. La sombra, silenciosa como un gato, empezó a correr. Primero iba a cuatro patas, moviéndose ágilmente a una velocidad vertiginosa, pero sin chocarse contra ninguna rama o piedra. Parecía como si

estuviera desesperada por llegar a algún sitio. Después de un rato corriendo, los árboles eran más viejos y estaban todavía más pegados entre sí. Daba la sensación de que escondían algo. Como si no quisieran que nadie lo viera. Pero nadie se internaba en el bosque, ni cuando era de día ni cuando era de noche. La gente sentía escalofríos cuando se acercaban a la linde. Ese lugar los atemorizaba. Ellos no sabían por qué, pero algo ocultaba el bosque y ninguno tenía muchas ganas de averiguarlo.

Todos los pueblos tienen su mansión encantada y Rising Hills no era la excepción. Una mansión de la época isabelina se erigía allí, en algún recóndito lugar, entre los árboles. Era la mansión de los Syngstell, una familia formada por un adinerado matrimonio y una preciosa hija. Contaban las leyendas que se inventaban en el pueblo que esa vivienda estaba maldita. Y era verdad. Un par de años atrás, la policía había encontrado muertos a los propietarios de la mansión. El motivo de la muerte era inexplicable. Nadie sabía cómo había pasado ni quién había cometido tal atrocidad. Solo los árboles que resguardaban la mansión sabían qué había ocurrido aquella lluviosa noche a finales de otoño. Habían sido espectadores de un asesinato archivado en los casos sin resolver de la comisaría, destinados a callar y a esconder la verdad para la eternidad.

El animal disminuyó el ritmo hasta llegar a un claro en la mitad del bosque. Sus luceros grises echaron una mirada a lo que antaño fue un bello jardín lleno de preciosas flores, arbustos podados al milímetro y un césped

siempre recién cortado. Ahora la hierba crecía de forma salvaje e irregular y el jardín parecía una selva. Allí a lo lejos, en un lugar arrinconado, se podían ver dos lápidas de granito, en las que estaban grabados los nombres de los difuntos dueños de la mansión: John y Lucie Syngstrell. El animal se acercó lenta y cuidadosamente a los restos del matrimonio. La gigantesca sombra se proyectó en el granito, pasando a ser una delgada figura humana. Y el jardín presenció un suceso misterioso y mágico. Una joven con la piel blanca como la leche y con la cara salpicada de diminutas pecas se encontraba de pie en el pequeño cementerio. Su pelo dorado parecía el sol y caía lacio cual cascada hasta llegar a su estrecha cintura. Sus manos delicadas, ocultas por unos guantes de terciopelo, rozaron la lisa piedra para apartar la hiedra que trepaba por ella, consiguiendo así que los nombres tallados en el granito se pudieran leer. Ambos difuntos habían muerto en la misma fecha: 17 de noviembre de 1864. Se le nubló la vista por las lágrimas y, aunque intentó reprimirlas, le fue imposible. Se quedó ahí de pie, sin apartar la vista de los fallecidos John y Lucie Syngstell, llorando durante un par de minutos que le parecieron horas. Dando grandes zancadas, se encaminó hacia la casa. Después de haber visto como se encontraba el jardín, no quería ni imaginarse el estado del interior de la mansión, ahora desocupada. Subió los escalones del porche, que crujían a su paso por el desgaste de la madera, y llegó hasta la entrada. Se paró frente a la puerta y, antes de abrirla, tomó una gran bocanada de aire. La pesada puerta se movió

lentamente, mientras sus bisagras chirriaban debido al hierro viejo y oxidado. Sus pasos repiqueteaban sobre el parqué, rompiendo el silencio que reinaba en la mansión. Sus ojos fueron a parar a un gran cuadro que adornaba la pared de enfrente. Era un retrato de los anteriores dueños de la casa con su hija, que sonreía de oreja a oreja. La pequeña Marine, que así se llamaba, era todo un misterio para los residentes de Rising Hills. Nadie sabía qué había sido de ella después de lo ocurrido en aquella noche, y eso fue una noticia devastadora para los escasos habitantes de la villa. El cuerpo de policía la buscó durante meses por el bosque sin éxito, así que pensaron que había sido raptada por el asesino de la pareja. ¿Quién iba a siquiera pensar que la inocente Marine Syngstell iba a matar a sus padres? Eso era una idea descabellada. ¿Cómo iba a ser posible que aquella adorable niña, con una imborrable sonrisa en su rostro, cometiera algo tan espeluznante y atroz? Pero no era tan irreal en el fondo.

Marine se encontraba allí, diez años después, en lo que antes habría llamado hogar. Dejó de mirar el cuadro y marchó hacia las escaleras. Subió los peldaños que llevaban al segundo piso y, a cada paso que daba, una pequeña parte del valor que había reunido se desvanecía. Llegó al rellano y se encaminó a lo que antaño fue su habitación. Entró en el espacioso cuarto y un mar de recuerdos la golpeó. Memorias de una inocente y feliz niña residían en aquella sala. Todos estos pensamientos abrieron una dolorosa cicatriz. Fue a entrar al primer balcón, pero la puerta estaba atrancada, por lo que se acercó al otro

ventanal, el que era contiguo al dormitorio de sus padres. Esta vez sí que hubo éxito y la puerta cedió. Una corriente de aire levantó las finas cortinas de seda. Salió al balcón y una suave brisa agitó su cabello, echándolo hacia atrás. Cerró los ojos rojos e hinchados por las lágrimas, y una tímida sonrisa amenazó por aparecer en su rostro. Le gustaba sentir el viento en su cara. Le hacía sentir libre, algo que hacía mucho que no sentía. Durante una década había estado acarreado con el dolor y el sufrimiento. La culpabilidad la carcomía por dentro y el arrepentimiento la perseguía sin descanso. Su alma yacía muerta, pero su cuerpo todavía no había alcanzado la paz.

Marine Syngstell había fallecido hacía ya mucho tiempo. Ahora solo quedaban rastros volubles de su identidad, ruinas de lo que alguna vez llegó a ser. Un terrible accidente que activó su ancestral maldición había destenido su vida, haciendo de su esencia una concha vacía. Porque, como todo en esta vida, hay pecados más grandes que otros. Los suyos superaban con creces las expectativas. Porque no solo había dejado un rastro de crímenes a su paso, sino que había asesinado a sus padres.

Podía recordar aquel 17 de noviembre como si fuera ayer. Había sido su primera luna llena y la más sangrienta. Al despertar a la mañana siguiente y ver lo que había causado, huyó. Huyó muy lejos, pero el dolor nunca desapareció. Y aunque había buscado desesperadamente la cura, nunca la encontró. Es verdad que la esperanza es lo último que se pierde, pero no es imposible que se desvanezca. Porque el saber que no había cura y que tendría

que vivir bajo el mando de la luna hasta el final de sus días hizo que se desmoronara. La poca cordura que quedaba de ella se disipó, dando paso a la locura. Después de eso, todo se descontroló. El caos llegó, junto con un elevado número de víctimas. Primero fueron sus padres, luego centenares de personas. La inconsciencia de los actos que cometía cuando estaba sometida al satélite y su arrepentimiento no la hacían inocente. Porque, aunque no había ni un solo día en el que no se lamentara de la muerte que su presencia evocaba, eso no quitaba el hecho de que las personas a las que había asesinado seguían muertas. Con crímenes como aquellos, solo se podía imponer justicia. Aplicar un castigo para vengar la memoria de los fallecidos, la memoria de sus padres.

Hubo gente que intentó detenerla, pero parar a la bestia era una tarea imposible. Solo ella podía acabar con el caos y la destrucción que llevaba consigo. Se había convertido en un monstruo, en una abominación sacada de las peores pesadillas. No merecía seguir viviendo y tampoco creía poder aguantar mucho más tiempo. Había llegado su hora y pronto todo desaparecería. No más muertes a cada paso. No más sufrimiento que llevar a cuestas. Solo quedaría el alivio y la calma.

Se llevó las manos a la cintura y las yemas de sus dedos tocaron el frío cinturón de plata.

Según los antiguos mitos griegos, este metal precioso podía matar a un hombre lobo, y ese era el momento de descubrirlo. Se lo quitó y, a continuación, rodeó su delgado cuello con el accesorio. Siempre que se había ima-

ginado su muerte había pensado que iba a estar asustada; sin embargo, se sentía serena y tranquila. Cogió una gran bocanada de aire. Quería hacerlo. Quería quitarse la vida para compensar las atrocidades que había llevado a cabo. Echó una última mirada al jardín, al bosque, al cielo, a la luna. Qué bonita noche para morir. Con decisión, tiró con todas sus fuerzas de los extremos del cinturón. Su cuerpo se desplomó en el balcón, sobre el mármol blanco. Los primeros haces de luz despuntaron al alba, iluminando la cara de la joven, como si quisieran que todos vieran el cuerpo, ya sin vida, de la bella muchacha. Y, en ese instante, todos los árboles de aquel silencioso bosque fueron testigos de cómo los preciosos ojos grises de Marine, la última descendiente del linaje Syngstell, se apagaban.

Antes

Mario Porres
(Colegio Los Peñascales,
Las Rozas)

Antes

Una sombra te persigue. Corres. Corres más rápido que nunca, como si no sintieras tus pulmones comprimirse en tu pecho, el aire gélido cortar como mil cuchillas tu garganta, un dolor punzante y persistente en tus rodillas, un temblor en las manos que es presagio de un final anticipado. Corres. No lo ves, pero sabes que está ahí, detrás de ti. Sientes su mirada clavarse en tu cuello, sus uñas rozar tu pelo y el aliento frío que penetra en tus pulmones. Un aroma te inunda, un aroma que hasta entonces el viento te ha hecho ignorar. Este es insoportablemente placentero, casi hipnótico. Huele a hierba. Hierba recién cortada, fresca y húmeda. Un olor refrescante y que recuerda a una mañana de julio cuando el sol calienta la tierra y se corta el césped en los jardines. ¿Es acaso todo un sueño? ¿Vas a despertar? El ambiente es, sin embargo, tético e irónico para un aroma tan singularmente familiar como aquel. Quieres parar, pero es una de esas veces en que, por mucho que tu cerebro desee algo, no manda la orden a los músculos, y estos no hacen eso que tanto deseas hacer.

Un laberinto de altas paredes cuyos únicos componentes son las enroscadas raíces de cientos de árboles que yacen muertos en un cielo neblinoso y contaminado por el asco, la desesperación y la más absoluta oscuridad. No hay una salida aparente. Los cadáveres yacen a ambos lados del camino, unos cadáveres que te miran como si desearan que los salvases, o como si también supieran cuál es tu destino. Las hojas marrones crujen bajo tus pies. Parece un invierno eterno, soporífero y deprimente. Es un camino tan estrecho que amenaza con aplastarte en cualquier momento, o descender al infierno. Las ramas, que podrían ser brazos inertes, se enganchan en tu ropa, tiran de ella violentamente, tratan de pararte con cientos de obstáculos, ofrecen una resistencia prácticamente invencible. La chaqueta se hace trizas, pero no te importa. Un hombre cuyo rostro resulta indistinguible a la distancia a la que te encuentras se dibuja al final de este camino. Corres como el que corre hacia la luz al final de un túnel. Es, quizás, tu única salvación. La esperanza se convierte en el agridulce combustible que te empuja, que te da fuerzas y te las arrebató casi con la misma intensidad con la que surgió.

El hombre está atrapado entre las ramas que lo abrazan cual pitón a su presa, y un hacha atraviesa su cráneo sangrante. Su sonrisa, aún dibujada en los labios púrpura, resulta estremecedora. De no ser por cómo su mirada está fija en un punto cualquiera del suelo, parece que aún vive, acentuándose un rostro pálido y de un cetrino grimoso.

Si aún quedase aliento en tus pulmones proferirías un grito, un alarido de horror, pero solo corres con más ímpetu hacia un lateral que se abre a tu derecha, con una esperanza que se consume al igual que lo hace una vela incandescente abandonada a su suerte. Sientes el aliento frío de la sombra a tu espalda, como el viento, silba, un silbido que hace que cada fibra de tu malherido cuerpo se tense, y solo deseas gritar. Sabes que es inútil, que no hay escapatoria y en tu cabeza se hace más clara la idea de un final allí, enroscado entre las raíces podridas, en un intento de, con tus manos desnudas, abrir un agujero en la tupida pared, para sentir por última vez el cortar del viento como la afilada cuchilla de un hacha.

El cadáver –no tan lejos de ti– emite un ruido. ¿Se ríe? Las ramas cercenan tus dedos, profieren unas profundas heridas tan grandes como el dolor que producen en tu cuerpo. La sangre recorre tu piel como un río lo hace entre las montañas, dejando tan solo una estela de dolor y el desaparecer de tu fuerza, que abandona tu cuerpo a su merced.

Te despiertas súbitamente en un lugar frío e incómodo que se clava en tu espalda. Saltas del sitio. Tu cabeza da vueltas y tu corazón late en la garganta a un ritmo que parece que pretende escapar de tu cuerpo. Sientes de nuevo el frío estremecedor y, sin previo aviso, la lluvia comienza a caer del cielo, mojándolo todo, a excepción de ti, pues parece haber algo que te separa de cada una de las gotas de agua. Reparas en que tu entorno es un cementerio. Nada extraordinario; cientos de tumbas de mármol

gris, flores que perdieron su color y ahora yacen muertas, lazos que un día alguien llevó atados al pelo ahora cubiertos de barro, y frías filas de lápidas silenciosas que se extienden hasta perderse en la línea del horizonte.

La mayoría están abiertas y, en su interior, los ataúdes yacen vacíos contando la historia de una vida diferente cada uno. El cementerio está desierto. Algunas estatuas griegas en un mármol envuelto por las plantas y en un estado de decadencia evidente clavan sus ojos en ti, leyendo tus peores miedos, reflejándolos en su sonrisa. La sombra está tras de ti de nuevo, pues nunca se ha ido. El humo negro, un humo sucio y vomitivo, la rodea, creando un aura que la asemeja a una divinidad, pero cuya maldad la excluye de categoría semejante. Sonríe. Pronto será lo único distinguible entre el humo que oscila como una nube. Se dibujan cientos de figuras que aparecen y desaparecen como imágenes, como recuerdos. Cientos de seres carentes de ojos, y cuyas cuencas vacías reflejan el alma marchita que han sido condenados a portar, clavan su sangrienta mirada en ti y te inyectan un terror indescriptible e inimaginable para un ser humano. Las piernas tiemblan de nuevo, así como lo hacen las manos. Los músculos se tensan y de nuevo corren. Tu cabeza da vueltas, sientes el peso de los párpados y crees que pronto te caerás. Estás confuso y el cansancio reaparece con una intensidad mayor. Tu mente sufre el horror de lo que los ojos ven. Logras distinguir entre las paredes de piedra vieja, ennegrecida y decadente, enmarcada por dos altos cipreses que parecen querer rozar el cielo con sus ramas

más altas, una cancela de metal negro que parece la salida a aquel infierno de mármol y hierba grisácea, algún día verde.

«¿Qué te pasa?», retumba una voz en la infinidad del cementerio. Casi de inmediato, y como si se tratara de un efecto reflejo, te paras en seco y miras a todos lados en busca de la procedencia de la voz. La sombra aún está sentada en una de las cruces de alguna de las tumbas, pero no parece confusa, parece una sencilla observadora, pues tampoco ella ha proferido la pregunta.

Un calor abrasador quema tu mano, como si alguien hubiera posado una plancha sobre la superficie de tu piel desnuda. ¿Es la sombra? ¿Será una novedosa forma de tortura? ¿Estás delirando? ¿Por qué hablas solo? Gritas. No de dolor, sino de rabia.

«No puede oírte», retumba todo de nuevo, pues otra voz proveniente de alguna parte se escucha, una que parece provenir del cielo (o ese símil tortuoso y oscuro que se cierne sobre ti), y parece más grave que la otra, más oscura y con un deje que algunos considerarían maquiavélico. Estás confuso. Unas campanadas repican en una iglesia que parece haberse dibujado en el horizonte en esos dos segundos en los que has cerrado los ojos para tratar de calmarte. Los abres y te encuentras envuelto en el humo de la sombra. Te abraza como lo haría un tornado, te zarandea como lo haría un tifón. Es casi tan agresivo como una persona a la que le ha invadido la ira y tan inmisericorde como aquella tierra hostil que te rodeaba entonces. El final parece hacerse cada vez más evidente.

Te rindes ante la evidencia de que no podrás sobrevivir a los azotes de una fortuna como aquella. Tu cuerpo sufre todas las inclemencias del tiempo que se han prolongado, y los nuevos sentimientos como una explosión en su interior que se refleja en un último intento desesperado del sistema inmunitario de poner fin a una anomalía sistémica. Cierras los ojos. Sientes tus mejillas encenderse como dos velas; varias lágrimas brotan de tus ojos y corren por tu rostro para caer finalmente sobre tu chaqueta hecha jirones. El tiempo parece correr más lento en ese nuevo universo en el que te ves atrapado. Te limpias con el dorso de la mano las lágrimas y buscas una escapatória. Te preguntas, si es el fin, por qué tú, y piensas en lo que estarías haciendo de haber sido aquel un día normal. El humo gira a tu alrededor, pero, finalmente, la sombra de nuevo aparece ante tus ojos borrosos por la humedad de las lágrimas. El dolor te consume. La sombra camina con paso lento hacia ti, pero cada una de sus profundas pisadas representa una onda que hace que cada una de las tumbas, lápidas, verjas y árboles tiemblen, se zarandeen y amenacen con caer. Temes que el arma, que carga tras el humo que la acompaña como un fiel sirviente, sesgue tu vida. De nuevo el olor a lluvia lo inunda todo. Crees ver un sol aparecer, pero sabes que no lo hay, que no aparecerá y que jamás volverás a ver su luz. Ves todo sin ver nada. Notas tu corazón acelerarse de nuevo. Esperar que tu corazón no soporte más, que finalmente se pare y termine tu sufrimiento. La sombra parece leer tus pensamientos, tus deseos más intrínsecos, pues su sonrisa

malévola se acentúa en lo que parecen unos labios. Algo suena con tanta fuerza en tus oídos que te obliga a cubrirte los (aunque resulte inútil) con tus manos. La sombra ahora se yergue frente a ti, de pie. Tú, sentado, tirado en el suelo. Levanta las manos, agarra la capucha que lleva –lo único que separa sus ojos de los tuyos, lo que esconde su verdadero yo y lo que sabes que refleja todo su ser– y amenaza con retirarla y mostrarse. Súbitamente, y con la sonrisa de la sombra aún reflejada en tu pupila, un peso incompatible con la resistencia humana se posa en tu pecho, mientras gritas sin gritar. Lo intentas, sí, pero nada surge de una garganta ya sin fuerzas.

La sombra se evapora sin dejarte ver su expresión y notas el peso de tus párpados y el de tu cuerpo caer, caer en una espiral que deja un halo de humo negro que antes te envolvía y que te había robado tus sentidos y, poco a poco, la esencia de la vida. Sientes tu juventud huir de ti. Todo termina con una calma estremecedora. Una luz cegadora, un desagradable olor a suciedad, a humo, a gasolina y un último rayo de sol que se abre paso para llegar a ti. Algo liviano cae sobre ti, sientes cómo se pega a tu cuerpo y adopta su forma, cómo te trae una calma soporífera. Has encontrado la muerte y tu cuerpo ya descansa inerte. Notas algo junto a ti y sabes, por alguna razón, que es la sombra, pero... ¿qué es la sombra?, ¿tu propio miedo representado?, ¿es la imagen que tenemos de nosotros?, ¿nuestro propio odio? ¿Podemos huir, de algún modo, de ella o vivimos condenados a una persecución perpetua e interminable?

La campanilla

Raflec

(Montessori School

Mataespesa, Alpedrete)

La campanilla

Mi nombre no es relevante. Mi origen tampoco. Lo único verdaderamente importante es la historia que ahora, en mis últimos días, me veo en la obligación de contar si pretendo aspirar a recibir el perdón de mis pecados.

161

Todo comenzó en el año 1856, en el famoso cementerio londinense de Highgate. Gracias a un viejo amigo, conseguí mi primer trabajo como custodio del cementerio. Mi cometido consistiría en pasar allí todos los días, exceptuando los domingos, vigilando, ya que en aquella época abundaban las profanaciones de tumbas. Esto era especialmente común en Highgate, cuyos muertos habían sido muy ricos en vida.

En mi primer día como custodio llovía. Caían gotas finas como dagas y un viento cortante me golpeaba el rostro. A unos pocos pasos de la entrada se situaba la vieja caseta de madera, hoy día derruida, que me serviría de cobijo en esas largas noches lúgubres que habría de pasar con los muertos.

Era temprano, y llegaba a tiempo de presenciar el primer entierro que vería en aquel lugar inhóspito. Se

trataba de una mujer vieja, creo recordar, la que iba a ser sepultada. El rito fue breve y estuve un rato observando el ataúd. Entonces llegó él.

El enterrador se llamaba James Demian Wright. Era un hombre increíblemente escuálido. Sus finas manos parecían demasiado frágiles para su oficio, y tenía una larga cabellera blanca medio oculta bajo un sombrero de copa. Iba trajeado, completamente de negro. Sus ojos eran huidizos y se intuían en ellos pequeños matices de locura.

La curiosidad y el hecho de que éramos los únicos trabajadores del cementerio me empujó a hablar con él.

—Buenos días.

—No, son malos. Muy malos.

La respuesta me dejó mudo. ¿Qué clase de persona era? ¿Qué le sucedía? Yo era un joven demasiado conversador y seguí insistiendo.

—Pero... ¿qué le ocurre? ¿Puedo ayudarle en algo?

—Tengo trabajo. ¿Acaso no lo ve?

En este momento se giró súbitamente hacia la tumba. Comenzó su trabajo totalmente indiferente, desentendiéndose de mí. Ofendido, me di la vuelta maldiciendo en mi interior al único vivo que vería todos los días.

La ronda diaria terminó sin ningún incidente y me instalé en la caseta cuando ya era de noche. Seguía meditando sobre mi encuentro con el excéntrico enterrador, cuyo nombre conocí al leerlo en un papel arrugado que encontré tirado en mi refugio. En aquel sitio, lo más parecido a un lugar donde dormir era un incómodo camastro.

Abrigado por unas sucias mantas, me tumbé preparado para pasar mi primera noche en vida junto a los muertos.

Mientras caía en un poderoso letargo, un sonido tintineante me sobresaltó. Sonaba como una pequeña campana, y no tenía muy claro de dónde venía. Algo sobrecogido, me levanté y agarré apresuradamente un farolillo metálico.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté al salir.

El silencio más quebrantador me contestó.

—¡Muéstrese!

No obtuve respuesta. Angustiado, regresé a la caseta. La luna resplandecía tristemente y las estrellas me observaban cuando logró vencerme el sueño.

El día siguiente amaneció algo nublado. No hubo ningún entierro, pero le vi. Me observaba desde lo lejos. Vestía exactamente igual que el día anterior. Traté de ir hacia él.

—¡No! —gritó repentinamente.

Se alejó corriendo en otra dirección, y decidí no seguirle. Estaba claro que aquel hombre era un demente y opté por molestarle lo menos posible.

Fue un día normal salvo por un detalle. Mientras caminaba cerca de unos nichos, una lápida me llamó poderosamente la atención. Era bastante pequeña y modesta. Una cruz blanca guardaba el sepulcro y la tierra parecía reciente. Lo llamativo fue que, junto a la tumba, había una campanilla dorada pendiendo de un poste.

Me entró un escalofrío de culpabilidad. Recordé que se habían patentado novedosos diseños de tumbas que incluían una campana, para que el supuesto muerto

podiese avisar si había sido enterrado vivo, habitual en aquellos tiempos.

Me disponía a hacer algo, convencido de que aquel era realmente el sonido que había oído la noche anterior, cuando vi que la cuerda, que conectaba el ataúd con el mundo de los vivos, estaba cortada. Alarmado, comencé a arrancar el denso musgo que poblaba la lápida para saber quién estaba enterrado allí. El resultado hizo que se me parase el corazón.

AQUÍ YACE CLARE MARIE WRIGHT (1845-1852)

La hija del enterrador. No quería saber nada de aquel pobre diablo y me fui rápidamente. No podía haber sido ella, llevaba cuatro años muerta.

Esa noche me costó mucho dormir. Sentía cierta compasión y pena por aquel hombre, despojado de lo que más quería en este mundo. Para mi angustia, aquella noche volví a escuchar el tintineo. Me armé de valor y salí precipitadamente hacia la tumba.

Nunca olvidaré lo que vi esa noche.

Estaba arrodillado junto a la tumba descubierta, fuertemente abrazado a algo. Se giró de repente y lo pude contemplar. Estrechaba amorosamente el cadáver de su hija. Ella tenía el cabello largo y rojo y llevaba puesto un pequeño vestido blanco. Sus cuencas opacas y carentes de vida parecían observarme.

—¡No está muerta! —gritó el anciano, completamente enajenado, llorando—. ¿Estás ahí, Clare?

El miedo me impedía moverme, pero logré dar un paso hacia ellos.

—¡Aléjate de mi niña!

Comenzó a retroceder lentamente, sus gritos de dolor rasgaban la noche.

—¡Cuidado! —grité.

No me oyó. Cayó hacia la tumba de su hija. En una postura imposible, murió abrazándola.

Esta fue su historia, que me marcaría para siempre. Y ahora, cercana ya mi propia muerte, confieso que me siento culpable del final de aquel padre, que acudía todas las noches a la llamada de su hija para abrazarla con la esperanza de encontrarla viva.

Lo que sí es seguro es que, antes de dormirme, escuché una campanilla llamando a un padre que siempre llegará.

La melodía

Paula Ruiz Cervantes
(IES Arquitecto Ventura
Rodríguez, Boadilla del
Monte)

La melodía

169

Me encuentro sin ideas. Ya no sé qué hacer. Sé que mi primera novela ha tenido mucho éxito y que debería continuar por el mismo camino, pero me he quedado en blanco. No tengo ni la menor idea de sobre qué escribir, estoy bloqueada. Tiene que ser algo que no defraude a mis lectores y que además llegue a tiempo (cómo no, la editorial me ha puesto fecha límite y eso me estresa aún más).

Creo que debería tomarme unos días de descanso. Tanta fama me está empezando a sentar mal. Además, a lo mejor con un poco de suerte consigo algo o a alguien interesante en el que inspirarme.

Podría ir por unos días a aquel pequeño pueblo de mi bisabuela en el que veraneé algunos años, cuando era pequeña. Me permitiría estar apartada del mundo.

A la mañana siguiente, me levanto decidida. Hago la maleta y arranco mi viejo y descuidado coche. En apenas unas horas estoy allí. Todo ha cambiado mucho; el río que atravesaba el lúgubre cementerio se ha convertido en una pequeña charca debido a la sequía. Ya no queda prácticamente nada de aquellas casas de piedra

en las que vivían unos pocos habitantes. Enseguida me doy cuenta de que no parecen nada estables y empiezo a replantearme la idea de quedarme aquí a dormir. Todo me da muy mala espina y una sensación incómoda me invade. Un gato negro tuerto me mira desafiante desde lo alto de un muro. La lluvia que escasea desde hace meses empieza a caer con fuerza dándome la bienvenida. Empapada, camino de casa, distingo la silueta de un hombre que se acerca hacia mí. Es un hombre muy mayor de pelo canoso, mirada ausente y con apenas dientes. Le saludo amablemente, aunque no recibo la misma respuesta: me gruñe con desprecio.

Ya instalada en la abandonada casa, mis frías manos buscan un lugar en el que poder calentarse. Estoy en la habitación en la que solía dormir con mi hermana. Sigue siendo tan fría como siempre. Ahora recuerdo por qué no me gustaba esta casa. Empiezo a arrepentirme de mi precipitado viaje, pero tengo que dejar de pensar en el miedo que siento, porque, si no, no voy a lograr dormir. Al poco tiempo se hace de noche, la tormenta es cada vez más fuerte. El ruido de las gotas contra los cristales me trae a la memoria otra tormenta. Sonrío y pienso en Mary Shelley, encerrada en un cuarto de la mansión del lago Lemán, buscando inspiración para un relato que se convertiría en leyenda. Ojalá su luz venga a visitarme estos días.

Junto a la chimenea finalmente caigo rendida.

De pronto algo me despierta. Se escucha un extraño ruido. Parece un instrumento, creo que estoy empezando

do a desvariar. Quizá esté exagerando un poco y sea solo una radio. Es muy raro, pero me recuerda a una melodía que cantaba mi bisabuela. Sé que tengo que seguir durmiendo, pero no puedo. Doy mil vueltas en la cama, pero esa melodía no cesa. Tengo que ir a ver qué está pasando. Parece que viene de arriba.

Me levanto. Está todo muy oscuro y sigo sintiendo frío. Tengo las manos congeladas y las piernas me tiemblan. ¿De verdad voy a hacerlo? No, no puedo, pero tengo que averiguar lo que ocurre, ya no aguanto más. Consigo encontrar el manillar de la puerta y la abro cuidadosamente. No veo nada, todo está oscuro. De repente me acuerdo de que mi bisabuela guardaba siempre las velas en el baúl del pasillo.

Ya no sé cuándo fue la última vez que la vi. Nunca lo había pensado. En realidad, nunca estuvimos muy unidas. Ella era muy severa y siempre mantenía el rostro serio. Recuerdo que las únicas veces que nos dirigía la palabra a mi hermana y a mí era para mandarnos a dormir. Siempre se colocaba en el último peldaño de la escalera con una vela que iluminaba desde abajo su cara y nos repetía lo prohibidísimo que estaba subir a la última planta. Nos aterrorizaba. Nunca supe lo que había ahí arriba y por qué insistía tanto en que no nos acercáramos.

Enseguida vuelvo a la realidad. Encuentro una vela y la enciendo con mi mechero. Me dirijo a las escaleras y comienzo a subir. Todo cruje bajo mis pies. Sigo avanzando y, de pronto, ¡veo la cara de mi bisabuela! Pego un grito. ¿Qué está pasando? Me acerco lentamente hacia

ella. Suspiro, aliviada, solo es su retrato, lo había olvidado. Sin embargo, no da la sensación de ser una pintura. Su mirada se clava en mis ojos y me sigue como siempre. Cierro los ojos y empiezo a correr, en un segundo me encuentro en el piso de arriba. La melodía se escucha cada vez más claramente. Aún recuerdo las palabras de mi bisabuela: «No se os ocurra subir». Ahora me encuentro justo delante de la habitación prohibida. La luz se cuela bajo la rendija de la enorme puerta de madera.

Sujeto con fuerza el tirador, respiro profundamente y empujo. La suerte está echada. El volumen de la música se hace ensordecedor. Comienzo a ver una figura iluminada por la luz temblorosa de una llama. Me acerco sigilosamente. Un escalofrío recorre mi espalda. Es el viejo con el que me crucé por la tarde. Su mirada está desencajada, las gotas de sudor resbalan por su cara y bracea agitadamente a la vez que toca el violín. Sentado en su revuelta cama, a sus pies, sobre el suelo de la habitación, distingo el dibujo de una estrella de cinco puntas rodeada por un círculo. Parece inmerso en un profundo trance. Podría decirse que es el violín el que guía sus movimientos y no al contrario. Es cada vez más chirriante y apenas puedo soportarlo. De pronto se da cuenta de que estoy ahí. Abre la boca y comienza a balbucear. Apenas puedo oírle. Leo sus labios y comprendo lo que repite sin cesar como un mantra: «El maestro por fin ha venido a llevarme».

El hombre se levanta y se acerca hacia mí. Su rostro refleja puro terror, me aparto de su camino, presa del

pánico. Pero él no quiere nada conmigo, sin dejar de tocar se acerca a la ventana. Una violenta ráfaga de viento empuja la cortina. Sin parar su frenética danza y, poseído por una sorprendente agilidad, se arroja al vacío. A pesar de ello, la música sigue sonando en mi cabeza y me tapo los oídos, pero no consigo escapar de ella. Me dirijo a la puerta y me precipito escaleras abajo. En el patio, en un charco oscuro, aprecio un bulto junto a los pedazos de un violín destrozado. La música sigue martilleando en mi cabeza. Corro despavorida y me alejo de aquel lugar huyendo del horror.

Me pesan los ojos. No puedo abrirlos. Siento como si mi cuerpo ya no formara parte de mí. Estoy confusa. Estoy muy cansada. Tengo la necesidad de levantar los párpados. Consigo abrir el ojo derecho con mucho esfuerzo. Por la pequeña rendija se cuela una luz blanca que me ciega. ¿Dónde estoy? ¿Acaso estoy muerta? Tengo que conseguir despertarme. Una voz se acerca y me pregunta si estoy mejor. Casi no puedo mover la cabeza para asentir. Por fin logro ver. Es una mujer con una bata blanca, una enfermera. ¡No puede ser! Me encuentro en una camilla de hospital, pero no recuerdo cómo he llegado hasta aquí.

Un guardia civil me cuenta que cuando me encontraron en el monte estaba en muy malas condiciones: muerta de frío, deshidratada y llena de arañazos. En mi desvarío narré una extraña historia sobre una melodía, un violinista y unos sucesos delirantes. Me tomó por loca. «El pueblo de mi bisabuela hace años que está

deshabitado», dice. Lo ha comprobado y no hay ningún rastro de que algo como lo que le he contado pueda haber sucedido.

Pero yo sé lo que vi, a mí no me engañan.

Una semana después, cuando me dan el alta, ya tengo mi nueva novela estructurada en la cabeza. En mi trabajo de documentación posterior consigo una información inquietante: existen numerosos indicios de que hace unos siglos mi pueblo fue un lugar de reunión para las brujas de la comarca. Se realizaron ritos satánicos y sacrificios humanos. Fácilmente puedo imaginar a mi bisabuela como la última descendiente de una estirpe de mujeres despiadadas entregadas a adorar al ángel caído. Ahora sé dónde tenían lugar esas reuniones.

Al poco tiempo de publicarla, mi novela se ha convertido en un éxito. Sin embargo, eso no me consuela. Cada noche tengo pesadillas, sigo reviviendo aquellas horribles imágenes y nuevos monstruos pueblan mis noches. Intentando evitar caer en sueños el insomnio me consume. Las horas pasan, no quiero dormir, pero el cansancio me aplasta. La melodía vuelve a torturarme, parece grabada en un chip insertado en mi cerebro. Pero esta noche me trae consigo la imagen de un álbum antiguo. Ahora recuerdo dónde lo vi por última vez. Bajo rápidamente al sótano y abro mi viejo baúl. Ahí está. Es el álbum de la familia. Empiezo a hojearlo deprisa y encuentro la pequeña foto. En ella se ve a mi bisabuela con sus criadas y sus hijas. Pero... ¿qué es lo que veo? Quizá la más pequeña no sea una niña, sino... ¡un niño!

Me detengo en el detalle de la foto. ¿Cómo puede ser que no me haya dado cuenta hasta ahora? Su cara me resulta familiar. Esos ojos..., esos ojos... ¡son los ojos apagados del viejo del pueblo! Junto a él, apoyado en su pierna, reposa un violín¹.

1. Este relato está inspirado en el relato «La música de Erich Zann», escrito por H. P. Lovecraft.

¿Andrew?

Eva Sánchez Pascual
(Colegio Santísimo
Sacramento, Madrid)

¿Andrew?

Desde niño profesé un creciente interés en todo aquello relacionado con la electricidad. Tutores y maestros lo consideraron un capricho de la edad, y no una ferviente pasión que guio mi vida a partir del momento en que supe de su existencia. Y esto no es sino un testimonio de la desdicha a la que tan ardiente vehemencia me llevó. Todo comenzó en Fyne Court, mi hogar, y, pese a vuestra segura incredulidad, absolutamente todos los hechos sucedieron íntegramente. Fueron múltiples mis intentos como científico empedernido, y de entre ellos creé la primera batería eléctrica. Pero mi mayor perdicción apareció con forma de insecto. No cabía en mí, estaba lleno de emoción y orgullo. Engendré vida a partir de aquella corriente que tanto me había prendado. Mas esto solo hizo agravar aún más, si fuese posible, mi terrible reputación. Realicé varias conferencias sobre mis inventos, y me contaron que, de entre una de ellas, salió la inspiración para la más conocida novela de terror: *Frankenstein*.

179

Fue todo un halago para mí. Y aunque mi creación estuviera mucho más allá de lo humanamente posible

hasta el momento, yo no era ningún dios, ni quise serlo. Mientras, mi mansión actuó como mi refugio. Hubo quienes me alabaron en secreto, pero más los que me odiaron. Los clérigos consideraron la necesidad de someterme a un exorcismo, y así aconteció. Pero no impidió mi afán científico. Porque uno sigue aquello que le dicta el corazón, y este me encauzaba en el arte de la razón.

Cerré toda puerta y ventana de mi morada en un intento desesperado de alejarme de la sociedad exterior de la misma manera en la que lo había hecho conmigo. No era ningún ser superior, pero solo me quedaba jugar a ser uno. Y en vez de ángeles como compañía, una criada, llamada Elisa, y mi inseparable fuerza: la electricidad. Solo tenía como principio una inocente curiosidad. De la misma manera en la que conseguí crear vida, quería poder alargarla.

Mis experimentos comenzaron en el sótano de mi mansión, al que bauticé como mi laboratorio. Comencé recubriendo las paredes con placas de metal y baterías, y colocando en un rincón todos mis anteriores experimentos.

Unas pocas noches más tarde, oí un molesto zumbido. Encendí una vela, buscando cualquier abejerro que pudiera haberse colado. Me levanté y agité un trapo, intentando espantar a un ser que no veía. Pero, tras no distinguir nada, me volví a acostar, pensando en ahuyentarlo a la mañana.

Al día siguiente, solamente me limité a abrir la ventana y marcharme a mi estudio. No podía concentrarme por los sonoros pasos de mi sirvienta, que trajinaba de un

lado para otro. Unas pocas horas más tarde, cuando se acercó a traerme la comida, me comentó que podría haber una plaga de abejas en la casa. No prestándola mucha atención, afirmé que podría ser por culpa de la primavera, cada día más cerca. Ya prefería yo el invierno, con sus silencios y su quietud. Elisa se dio la vuelta, pero, antes de marcharse, se apoyó en el marco de la puerta y me dijo:

—¿Andrew?

—¿Sí? —contesté, sorprendido de que me llamara por mi nombre.

Solamente se quedó mirándome fijamente, y con un leve asentimiento de cabeza, como animándome, se dirigió a continuar con sus tareas.

Mientras, yo seguí con mis investigaciones. Mi objetivo no era pequeño. La muerte nos espera cada día, al acecho, pero ¿qué pasaría si nos consiguiéramos aferrar por siempre a la vida? El mismo concepto de crear vida se aplicaría, solo que de forma más duradera. Y confiaba ciegamente en la electricidad para mis propósitos. Tan entusiasmado estaba que se me olvidó cualquier precaución y la primera ley de todo científico que se precie: nunca te expongas ante tu propio experimento sin haberlo comprobado antes. Ni te arriesgues al de otros, claro está. Coloqué varias placas de metal a mi alrededor y, con los ajustes necesarios y un impulso eléctrico proveniente de la batería, un halo azul comenzó a envolverse de la misma manera en la que un capullo envuelve a una larva. Cerré mis párpados ante tan poderoso haz de luz. Y cuando los abrí, todas mis venas brillaban como si mi

sangre hubiera sido diluida con un líquido fosforescente. Tras varios minutos, el fulgor se aplacó, pero mi interior se sentía diferente. Más... vivo. No deseaba hacerme ilusiones prematuras, pero no tenía ninguna forma de comprobar sus efectos a corto plazo.

Tan ensimismado estaba en mis descubrimientos que solo me di cuenta del tiempo que había pasado cuando mis entrañas empezaron a suplicar por comida. Cogí una vela que aún duraba tras estar varias horas encendida, y cerré mi taller con candado. Las tablas, muchas oscuras por la humedad, crujían a mi paso. A medida que me acercaba a las cocinas, oía cada vez más fuerte un zumbido. Palpitaba al ritmo de los latidos de mi corazón, que golpeaba insistentemente mi caja torácica. Enfilé por el último pasillo, totalmente oscuro, como la más siniestra de las noches.

Empujé la puerta con una mano, abriéndola y dejando a la muestra la total penumbra junto con un ruido casi ensordecedor.

—¿Elisa? —grité.

Nadie me respondió, solo aquel zumbido potente. Estiré la mano con la vela, y me quedé mudo de terror. Mi cerebro no comprendía lo que veía. El cuerpo de mi criada, levitando entre ollas y cazuelas, sostenido por cientos de abejorros, formando una nube oscura que se arremolinaba en ella. Salían y entraban por su boca, por sus ojos. Una pesadilla hecha realidad.

Tal fue mi turbación que solté la vela y salí corriendo lo más rápido que pude, y, aunque recién vigorizado, mis

achagues de la edad no me permitían el pleno movimiento. Pero el enjambre me perseguía. Me abalancé contra la puerta de entrada, de madera de roble gruesa, para encontrarla cerrada a cal y canto. Busqué frenético la llave entre mis bolsillos, bajo el paraguero... A lo lejos, pude divisar el resplandor de un recién comenzado incendio. El enjambre se acercaba cada vez más, hasta que sentí cómo una mano invisible me levantaba del suelo. Miles de abejas picaban mi cara, mi piel. En mis últimos momentos solo podía pensar que cuán acertado castigo era; la ironía de fallecer a costa de crear vida. Pero, mientras esperaba mi momento final y el dolor se apoderaba de mi ser, empecé a sentir cómo mis miembros y torso se empequeñecían, y mi mirada se dividía como si estuviera viendo a través de un infinito caleidoscopio. Ahí fue cuando comprendí que sí había un destino peor que morir.

Lluvia

Antonio Sánchez Ramírez
(IES Gran Capitán, Madrid)

Lluvia

187

Lluvia, mucha lluvia, ese es el único recuerdo que tengo del día en el que, de manera tan radical, cambiaron nuestras vidas. De eso es de lo poco que me puedo acordar, ya que, después de aquello, la ciudad se tornó más oscura, convirtiéndose en lo que es actualmente.

Rememoro esos años en los que todo era más fácil, aquellos años cuando todavía estaba presente la libertad en nuestras vidas, en los que no temíamos a nada. Ahora, convencido, digo que desgraciadamente nos equivocábamos.

Cuando ellos tomaron el poder, nadie se opuso, creyendo que en cualquier caso no podríamos caer más bajo de lo que ya estábamos. Ellos proponían un mundo idealizado, con el inconveniente, de que, a cambio, teníamos que entregar nuestro bien máspreciado: la libertad. Hubo gente que los apoyó y otros que se opusieron; ese fue el día en el que decidimos juntarnos con todos los opositores que conocíamos, así nació Lluvia.

Todos éramos muy diferentes, pero algo nos unía, a todos nosotros nos habían arrebatado algo; por ello,

teníamos la obligación de recuperar lo que era nuestro. Ninguno sabía muy bien cómo había acabado en aquel lugar, lo único que era cierto es que nadie tenía motivo alguno para marcharse.

Comenzamos siendo quince personas y, a medida que pasaba el tiempo, se nos fueron uniendo más y más. Sentíamos miedo al ver las represalias que estaban tomando contra otros opositores, nada era como antes.

Pasado un tiempo, las persecuciones fueron disminuyendo, lo que hizo que erróneamente nos acomodásemos en ese putrefacto lugar que llamábamos hogar, y que nos olvidásemos del exterior. Ese lugar que sentíamos que era refugio estaba escondido entre las montañas, al norte de la ciudad, lo que nos aisló completamente del mundo, de tal manera que la única información que nos llegaba eran rumores o informaciones sin exactitud alguna.

En un principio yo estaba al mando de toda aquella gente inocente, que ya no temía a nada a pesar de todo lo que habían vivido. Parecía que todo lo anterior a que ellos tomaran el poder se les había borrado completamente de sus mentes. Me temía lo peor, que se hubiesen asentado en aquella vida mediocre de sobrevivir cada día en vez de luchar por una vida digna, por una vida mejor para sus hijos. Este fue el pensamiento que hizo que abandonase Lluvia junto con algunos de mis camaradas más cercanos con el fin de hacer frente al nuevo orden. De la misma manera que con el anterior grupo, buscamos durante días un lugar donde establecernos y al fin dimos con una base militar al otro lado de las montañas.

Al contrario que anteriormente, esta vez no buscamos a nadie. Poco después de nuestra marcha de Lluvia, encontramos a varios de sus habitantes que nos hicieron llegar aquella terrible noticia, Lluvia había caído, la guardia del nuevo orden acabó con ellos sin piedad, una noche mientras todos dormían. Nos contaron que ellos lograron escapar ya que, a diferencia de los demás, seguían teniendo miedo a que algún día aquello pudiera ocurrir, como así fue. Repetían todos una misma frase: «Fue el temor lo que nos salvó». Su apariencia era la que nos reveló cómo debió ser su huida, sus pálidos rostros mostraban su angustia y su desesperación, que se mezclaba con la esperanza por habernos hallado.

Todos teníamos en nuestros cuerpos el temor de que podríamos ser los siguientes que encontrasen, por ello existía esa sensación de intranquilidad, que se mantuvo durante meses, meses en los que nos movíamos sin rumbo alguno con el único fin de no ser descubiertos.

Sin estar encerrados en ningún lugar, sentíamos nuestra libertad coartada, no sabíamos hasta cuándo se mantendría esta situación, por lo que entre nosotros se iban generando discrepancias, y el grupo se fue dividiendo. Por un lado, los que queríamos seguir esperando hasta que alguien se rebelase contra el nuevo orden y así unirnos a ellos formando un grupo más grande, y, por otro, los que por el contrario creían que lo mejor, habiendo llegado aquel momento, era volver a la ciudad sin levantar sospechas, renunciando temporalmente a nuestra libertad, a lo que los demás nos negamos rotundamente.

Esas diferencias iban haciendo mella en el grupo e hicieron que llegásemos al extremo.

El día que se marcharon a la ciudad, los seguimos y, pasado un tiempo, acabamos con ellos. Después de aquello, a pesar de previamente haberlo hablado, no nos podíamos mirar los unos a los otros, pero era la única solución para que no nos descubriesen a los demás.

Ahí nos dimos cuenta de que ya no podíamos clasificar el mundo en buenos y malos, sino que deberíamos separar las posibilidades en favorables y no favorables. Semanas más tarde hubo un levantamiento al otro lado de la ciudad. Era nuestra oportunidad, todos nuestros sacrificios habrían valido la pena, derrocaríamos el nuevo orden.

Nos preparamos y caminamos durante días hasta llegar a la ciudad, allí nos dimos cuenta de que era una mentira, nos habían llevado a la boca del lobo. Luchamos con lo que pudimos, pero finalmente sucumbimos ante la superioridad de la guardia del nuevo orden. Nos capturaron a todos y nos separaron; fue el momento en el que los vi por última vez.

Me llevaron a la cárcel. Sabía que ese era el final de mi camino, que no volvería a ver el mundo tal y como era antes. Allí empezó mi tortura, no solo la física, que recibía por ser opositor, sino la que yo me hacía y me sigo haciendo, por haber acabado con la vida de aquellas personas. Después de todo, ¿qué me diferenciaba de mis torturadores?, había cometido las mismas atrocidades y, encima, para mí habían tenido justificación.

Ya nada tenía sentido, ya no hay nada por lo que luchar, me había convertido en la clase de hombre que yo antes tanto odiaba, me había rendido.

Supongo que nadie leerá nunca esto, pero, por si acaso, tengo un mensaje para ti: lucha por los que no pudimos mantenernos firmes.

Andén cero

Teresa Díez Izco
(Colegio La Inmaculada
Marillac, Madrid)



1:30 AM. ALEXANDRA TINTANEGRA SIEMPRE HABÍA ODEADO LAS PRISAS, PERO ALGO LE DEJÍA QUE ESA NOCHE DEBÍA APRESURARSE MÁS QUE NINGUNA OTRA...



TRAS SALIR DEL VAGÓN DE METRO ESTABA COMPLETAMENTE SOLA. TEMÍA QUE CERRASEN ASÍ QUE EMPERÓ A CORRER



CORRÍA Y CORRÍA PERO SIEMPRE VOLVÍA AL MISMO LUGAR...



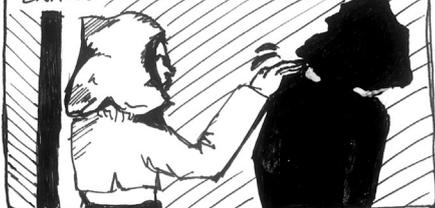
... O A PASILLOS SIN SALIDA



ESTABA AL BORDE DE LA DESESPERACIÓN CUANDO A LO LEJOS VIO A UNA MUJER. SE ACERCO A PEDIR AYUDA.



SUS ESPERANZAS SE DESVANECERON AL DARSE CUENTA DE QUE SU ÚNICA SALIDA ERA...



¿ELLA MISMA?



Perdido

Lucía de la Calle
(Montessori School
Mataespesa, Alpedrete)

Perdida

No creí
que te iba
a ocurrir
esto



Tenemos
que entrar y
resolver
este misterio



TE
VENGARE



Noche infernal

Daniela Marmolejo Díaz
(IES Dámaso Alonso,
Madrid)

Alexandra
Tintanegra en:
**NOCHE
INFERNAL**

DANILO 2018

Basada en sucesos ocurridos
en Madrid el 17 de Julio de 1894



Después de un largo
viaje, Alexandra
pisa por fin
el suelo de Madrid.



La noche es
calurosa, pero
Tintanegra debe
ser precavida.



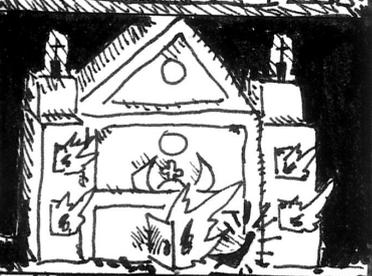
¡MATADLOS!
¡Están
envenenando
nuestra agua!



¡Todo es
vues-
tra
culpa!



Ayuda
FUGO



Alexandra
cayó al suelo
asustada
...



Iba a ser una
noche muy larga...

Su dulce mirada muerta

Yaiko Muñoz López
(IES Gran Capitán, Madrid)

SU DULCE MIRADA MUERTA



Qué bien.



Creo que he sentido
algo



¿Felicidad?



Sí, estoy feliz



¡No puedo esperar a
contárselo a mamá!

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.

Los 20 relatos finalistas

Muros

**Raquel García
Gómez-Monedero**

Un faro apagado

Virginia Arranz Velarde

El bosque

de los sauces negros
Julián Berbis Mallo

Elliot

Carla Montero Jirón

Buscando mi lado

Nerea Adeva Atín

La incesante melodía

Sara Alonso Arroyo

Le corbeau

Marina Cano

La Sombra

**Alejandra Dorronsoro
Málaga**

Farándula fúnebre

**Alberto Flórez de Losada
y Amar de la Torre**

La niebla y la llama

Diego Gallego Montero

In ictu oculi

**Leyre Gallo
Fernández**

El último beso
del caballo moteado

Blanca Martínez

La Avellaneda

Rosalía Montfort Bote

El otro lado

**Óscar Munashe
Tengende Consonni**

El bosque callado

Aurora Pedreira Gómez

Antes

Mario Porres

La campanilla

Raflec

La melodía

Paula Ruiz Cervantes

¿Andrew?

Eva Sánchez Pascual

Lluvia

**Antonio Sánchez
Ramírez**

Los 4 cómics finalistas

Andén cero

Teresa Díez Izco

Perdido

Lucía de la Calle

Noche infernal

Daniela Marmolejo Díaz

Su dulce mirada muerta

Yaiko Muñoz López

Telefonica

FUNDACIÓN

Hijos
de
**Mary
Shelley**